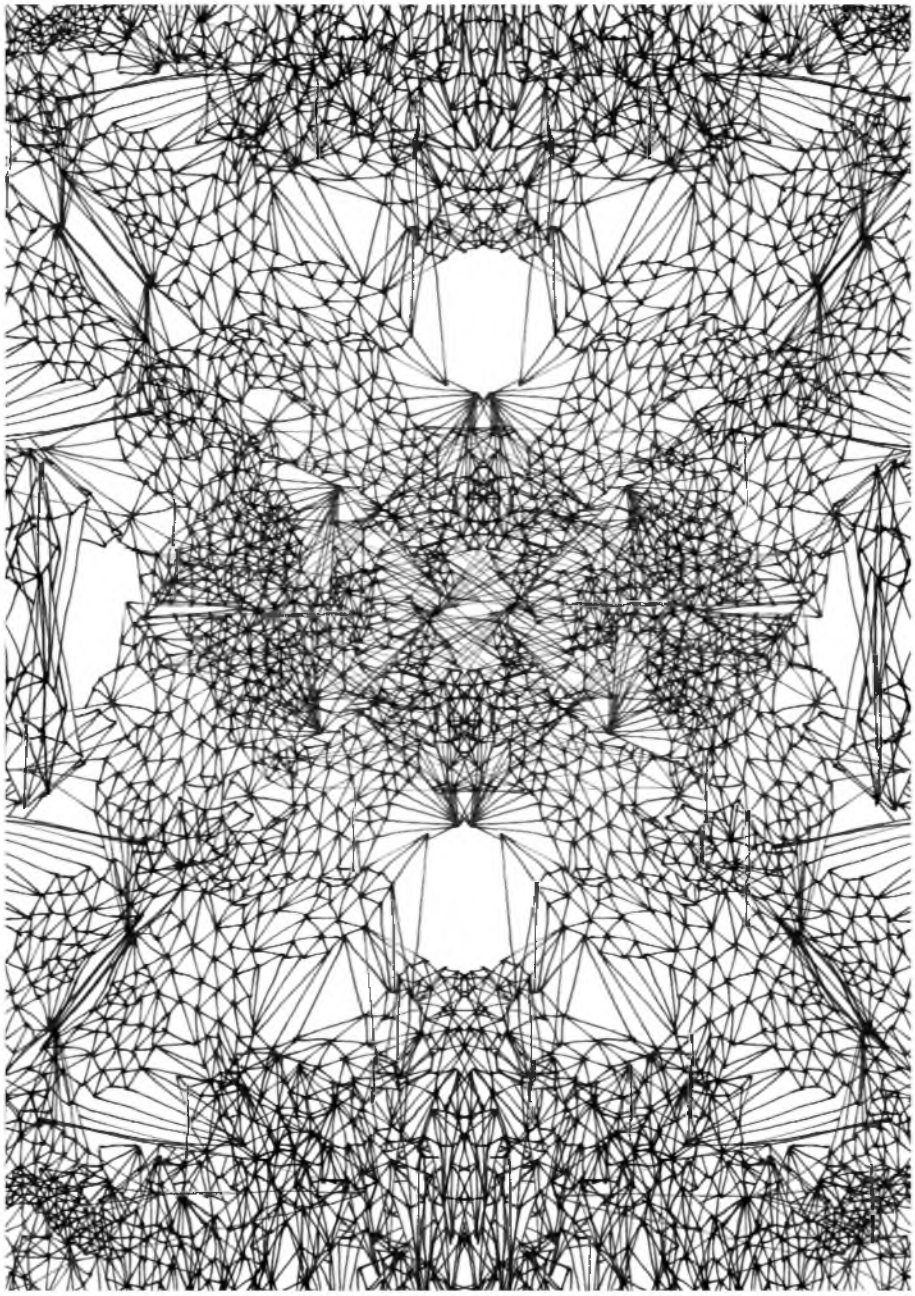

PABLO FARRÉS

El punto idiota

Diseño de tapa:
Yamila Kliczkowski para Estudio Guapabombon
www.guapabombon.com.ar

Ilustración de tapa:
Lola Linares

e-mail: pablo.farres@yahoo.com.ar

panicoelpanico@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723
Impreso en Argentina

Farrés, Pablo
El punto idiota
1° ed. Buenos Aires: Pánico el Pánico, 2010
88 p.; 12 x 17 cm.

I.S.B.N.: 978-987-26374-0-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 08/11/2010

a Daniela

1.

A los once años, cuando todavía es posible creer que se pueden tomar decisiones, Maurau quiso ser escritor. En el fondo, la escritura es un problema de velocidades y seguramente el problema de Maurau fue encontrar demasiado rápidamente la fuente, descubrir, en todo caso, la aceleración infinita de la máquina literaria. Le habían dicho –no importa quién, no importan las circunstancias– que se trataba de hacer del mundo una experiencia, transformar la indiferencia de las cosas en una intensidad, pero si había alguna experiencia en eso de hacerse escritor era la de su propia desaparición.

Sentado junto a la mesa, con los ojos fijos en el cuadro del ciervo que colgaba de la pared del rancho, iba encontrando un estilo que seco y duro se concentraba en oraciones cortas, omitiendo así cualquier mariconada literaria. Sabía de tramas y finales abruptos, incluso tenía el tema, no uno sino muchos. Desde el caos inicial los personajes iban armando algún recorrido, las escenas parecían encontrar cierta cadencia que permitían la fusión que justificara la obra. Pero la voz, esa voz con la que él mismo iba armando el relato que

todavía no se animaba a escribir, se hacía cada vez más rápida. Aceleradas, las palabras se sucedían sin terminar de definirse, llevando, en todo caso, a eso que llamábamos personajes a una indeterminación insulsa, logrando que los vectores de la trama comiencen a mezclarse hasta el mamarracho, haciendo de cada escena un chiquero y de la historia que iría a justificar cada palabra cierta laguna mental. No quedaba entonces más que el enchastre en el que se perdía a sí mismo sin saber cómo, en qué punto, todo eso que desde el comienzo se dejaba amansar como medio, instrumento y tránsito para el buen comercio y la buena comunicación de pronto había comenzado a pudrirse a tal velocidad que ya no había palabra que alcance a las palabras y diga que las palabras habían comenzado a irse. Hablaba mentalmente sin necesidad de hablar, respondía en su intimidad a lo que no le habían preguntado, preguntaba sin que haya nadie que pudiese responder. Pero entonces no hablaba, al menos eso no era hablar, sino, en todo caso, un modo de desaparecer de sí mismo, dejar que la compañía literaria hable en el vacío, dejándose él hundir en el mar de la mierda de todas esas palabras.

Se volvía imperceptible a sí mismo. Mientras comía se daba cuenta que ya no sentía el menor sabor en la boca. Él mismo se informaba que estaba comiendo pero de ningún modo sentía que estaba comiendo. Se de-

cía así mismo "esto se llama comer" pero el que comía era otro, en todo caso, comía y era lo mismo que chupar un clavo. Incluso probando con algunos bichos –hormigas, moscas, bichos bolitas, cucarachas– que se subían a la mesa y daban vueltas en derredor de Maurau, la conclusión siempre fue la misma: todo tiene el sabor de un clavo chupado. Todo, salvo el gusto mismo de un clavo chupado. Pero si todo tiene gusto a clavo, pero el clavo no tiene gusto a clavo, ¿cuál es el gusto de un clavo chupado?

Ese mismo problema, digamos metafísico, es el de cualquier escritor. Le habían hablado que se trataba de concentración, atender el llamado silencioso de lo real, permitirle a las cosas mostrar el núcleo pútrido que las carcome; hablaron de fuegos, de caos y abismos, hablaron de intensidades, devenires y del todo concentrado en la parte. Pero no había nada a lo que llamar experiencia. Buscaba el sabor de las cosas y no encontraba nada, le pasaba comer pero no podía sentir que estaba comiendo, como si no estuviera, como si hubiera perdido todo ahí. No sé si hablar de desesperación pero un día se le dio por probar con su lengua, hacer la experiencia con su propia lengua. Debía ser capaz de sentirla, saber que existía, pero cuál era el gusto de su lengua y en todo caso con qué lengua degustar el sabor de su lengua. No quiero hacer de esto un drama, pero cuando comenzamos a hacernos imperceptibles a nosotros

mismos, debemos manejar nuestra propia desesperación. Aunque claro está, ni siquiera sabemos que estamos desesperados. Lo sabemos por las reacciones de los demás. Lo cierto es que Maurau se comió su propia lengua. Clavó los dientes en la mitad y empezó a apretar y a tironear con las manos hasta arrancarla no de cuajo pero por ahí nomás. No del todo, porque algo debía quedar de la lengua para poder probar entonces cuál era el sabor de su propia lengua. Así fue que se metió en la boca el pedazo arrancado y con la pequeña lengüita que le quedaba, casi un muñón, comenzó a saborear. Llevaba la lengua hacia el paladar, empujándola hacia la izquierda, hacia la derecha, buscaba lo dulce, buscaba lo agrio, y nada. Puedo asegurar que era el mismo gusto de un clavo chupado que no tiene gusto a clavo chupado.

No había desesperación, en todo caso supo que algo andaba mal cuando mamá entró al rancho y comenzó a reprenderlo. No entendía su enojo, pero lo podía deducir por la sangre que se había pegoteado en su remera. Un verdadero enchastre. Una verdadera tragedia: mamá quería mucho su remera. En la salita sanitaria –en la que terminaron cerrando la herida cociéndolo sin posibilidad de conseguir anestesia– hasta las enfermeras estaban asombradas: cómo este chico podía soportar tanto dolor. Pero, claro está, ni ellas ni mamá sabían que el chico se estaba volviendo imperceptible.

Al principio podía verse y tocarse pero como se ve o se toca cualquier otro objeto. Esa indiferencia creada por el hecho de verse como se ve todos los días una pared, una baldosa o una silla, lo acostumbró a no verse en absoluto. Se daba cuenta que alguien ocupaba el aquí y ahora que se supone definían la existencia de Maurau, únicamente porque mamá se lo hacía saber. Cuando lo obligaba a limpiarse la cola sólo entonces se daba cuenta que estaba cagado. Y si mamá no lo hubiese sacado de la bañadera en la que al ratito de haber entrado ya se estaba ahogando, no se habría dado cuenta que había empezado a tragar agua. Escuchaba que la compañía le informaba qué extraordinario era ver las cosas desde debajo del agua, y Maurau pensaba qué extraordinario cómo se ve la cara de mamá desde debajo del agua. Qué lindo debe ser morirse debajo del agua mirando el cielo por los agujeros del techo del rancho, y Maurau pensaba qué lindo esto de estar muriéndose debajo del agua viendo el cielo por los agujeros y la cara de mamá ahí arriba y afuera del agua.

Fue en esa circunstancia que el infinito de mi tarea se dejaba ver. Esa vez descubrí que no sólo podía informarle a Maurau acerca de la diferencia entre ver y sentir que estaba viendo, sino también sentir que estaba sintiendo que estaba viendo, incluso sentir que estaba sintiendo que sentía sentir que ya no podía respirar. Tan concentrado estaba en escuchar mis palabras infor-

mándole que sentía que estaba sintiendo que se estaba ahogando que le resultó indiferente si algo se estaba ahogando.

En todo caso, su concentración en el punto terminó siendo tan absoluta que ya no quedaba ningún resto de sí mismo para poder vivir eso que en la forma distraída de este murmullo mental le hacía compañía. Por eso cuando digo que lo que cuento no tiene nada que ver con un drama intento decir que para el chico las cosas no pudieron ser sino siempre absolutamente nulas. El mundo del chico en el rancho se transformaba en una película que se proyectaba ante sus ojos sin reconocer nunca que ese mundo era suyo. Todo se hacía visible, como si cada existencia estuviese destinada a eso, a mostrarse; pero la máquina que proyectaba las imágenes, ella misma era invisible para sí misma.

Yo tampoco lo sé, pero debió haber sido tan extraño para Maurau no poder verse la cara, como si el modo de verse a sí mismo fuese el de no poder verse. No sé, tan extraño es no poder saber cómo mierda es mi propia cara. No mi cara en un espejo, esa sería mi cara tal como la ven los demás, una cara para los otros, pero yo quiero ver mi cara para mí, sólo como yo la vería para mí. Al menos eso es lo que intentaba que Maurau comprenda, al menos que se enterara de lo que de humano se jugaba en esa imposibilidad. Pero todo era

inútil, Maurau seguía concentrado en su cuadro sin ganas de perder el tiempo escuchando mi compañía. Una vez soñamos que se cortaba una mano, él la estudiaba y contemplaba, ponía las dos manos juntas, la que seguía prendida a su brazo y la amputada, pero no encontraba diferencias significativas: ninguna de las dos eran suyas. Maurau se tocaba con la mano amputada y era lo mismo que ser tocado por la mano que todavía no se había amputado.

He pensado mucho la cuestión. He tenido todo el tiempo del mundo para pensar en ello y llego a la conclusión de que el problema de cómo el escritor se hace invisible a sí mismo nunca termina de comprenderse porque se lo confunde con la estupidez de tener un secretito. Es inevitable, pero lo es porque se parte de un presupuesto humillante, no querer salir de la soberanía de un sujeto que puede volverse sobre sí mismo hasta el punto de hacerse invisible para el resto, reduciendo entonces el drama de la invisibilidad a la simple idea psicótica de aquel que de tanto mirarse el ombligo termina borrando la posibilidad del mundo. La cadena argumental es clara: –soy invisible; –tengo un secreto que sólo yo puedo saber; –el único saber que verdaderamente es mío es mi conciencia; –por lo tanto mi conciencia es lo absolutamente invisible para el resto; –mi conciencia me devuelve el absoluto irreductible que ningún hombre o dios podrán

someter. Estaría buenísimo que fuese así, pero el problema con estos planteos es que la invisibilidad se transforma en una simple metáfora. Ojalá Maurau hubiese podido guardar algún secreto, ojalá hubiese podido crear alguna profundidad que lo haga invisible a los ojos del mundo; un agujero, una psicología, un pequeño abismo privado, alguna subjetividad, un fondo, un recoveco al que nadie pudiese acceder. Algo, lo que fuere; suyo, tan absolutamente suyo que sea invisible para todos. Pero no, ni siquiera puede ocultar un caramelo en el bolsillo. Nada, ningún pliegue, núcleo o carozo, ningún cuarto vacío en el fondo de su existencia, ninguna intimidad, palabra o murmullo interior, que no fuese esta compañía que hablando en el vacío puede preguntar sin que nadie le responda, puede llamar sin que el chico atienda el llamado, sin que Maurau, en todo caso, entienda estas palabras no ya como sus palabras, sino –de máxima– como una, alguna, palabra.

Lo cierto es que esa ausencia de agujero, esa falta de profundidad, esa incapacidad para cavar algún pozo en su propio ser no lo hizo invisible para los demás, no, más bien al revés: terminó haciéndose invisible para sí mismo. Es más, diría que sólo existe para mí y a veces también para mamá. Si no existiera mamá, si no hubiera nadie que lo perciba, nadie que recuerde su existencia, entonces no quedaría nada de nada, ningún resto

de Maurau, ninguna voz interior que venga a decir: no importa, yo sigo siendo yo.

Para entonces la concentración en el cuadro del ciervo fue transformándose en la promesa de sobrevivir como margen mudo de la máquina literaria, tener un punto y sobrevivir al menos como espectador de la fuga del mundo, sentarse en la butaca de la última fila y ver las cosas pasar oblicuas y de refilón. Aunque no duraba mucho más que el instante de un refusilo que ni siquiera abandonaba la promesa de que las cosas volvieran a hundirse en la más pura indiferencia, cierto gusto por lo inútil, cierto atletismo de la mirada, le fueron permitiendo la magia por la que hacer pasar el rancho por un punto de sí mismo –no tanto el cuadro sino los ojos del ciervo, no la pared sino una mancha de humedad en la pared, no la cortina sino uno de los lunares de la cortina, no el vaso sino el piquito mordido del vaso.

No se sentía mal, en todo caso, no podía sentirse ni bien ni mal. Nada de lo sucedido ha sido algo que pudo pasarle a él, más bien, ha sido el testigo invisible de lo que alguien ha vivido por él. Si algo ha sucedido fue la revelación de la compañía como un efecto de la concentración en el punto, como un modo, digamos, residual de su existencia. Que la máquina literaria funcione, que la compañía siga hablando, el chico tenía su punto, no quería nada más, que nadie lo moleste, no

necesitaba otra cosa, tenía su cuadrito y ahí su núcleo y su sede. Si algo de todo esto representaba algún daño, no lo era tanto para Maurau sino para mamá. Lo que para el chico era la conquista del país de la literatura, para ella era desesperanza. Es muy difícil ser escritor, es un camino largo y sinuoso que pocos comprenden y terminan mal interpretando. Hay que estar alerta y aprender a simular. Frente a mamá, frente a las constantes amenazas de quitarlo de su punto e invadir su territorio, tuvo que defenderse y desde el comienzo su defensa fue simular su literatura tras el velo de la idiotez.

Desde entonces, el problema no fue que mamá le haya creído sino que él mismo terminara creyendo en lo que simulaba. Obligarse a no mover la mano aún en las situaciones más incómodas, cerrar el puño y apretarlo clavando las uñas en la carne, al principio no tenía otra finalidad que asustarla y que dejara de insistir con regresar a la escuela, visitar al doctor, olvidarse del cuadrito. Sin embargo, ya sin buscarlo, primero fue apareciendo la comezón, como si la piel de su mano fuese arena que de a poco se desparramara en la sangre que empezaba a coagularse, después, también lentamente, el entumecimiento de los pequeños músculos, la rigidez de los huesitos y cierta interferencia en los nervios. Así siguió el entrenamiento, hasta que se dio cuenta de lo que había logrado. Mamá estaba queman-

do la basura en el fondo del rancho, Maurau estaba sentado sobre el pasto, más o menos cerquita de la montaña de mugre. Hubo una explosión, no sé, un desodorante, un insecticida, algo que explotó y levantando algunos cartones por el aire trajo el fuego a la manga del pulóver del chico. La mano se le incendiaba, Maurau veía que una mano se incendiaba pero no terminaba de comprender que esa mano incendiada era su mano. No había dolor, sino más bien asombro. Le gustaba ver la carne ponerse oscura, las uñas achicharrarse y de pronto caer. Levantaba el brazo, lo hacía girar de un lado al otro, y se quedaba contemplando cómo las llamitas envolvían cada dedo. Un rato después quiso decir algo y nada dijo, quiso gritar y no gritó. Sabiendo que el juego de defender su literatura ocultándola tras el disfraz de un idiota se le había transformado en una trampa, Maurau quiso llamar a mamá, esta vez sí quiso decir "mamá, mamá", sí pidió ayuda para no terminar de hundirse en su propia mierda, pero nada, ni un palabra apareció, nada, ni un ruido que de su boca pudiese entenderse como expresión. Nervioso empezó a morderse los brazos y golpearse la cara, sin tener la menor gana de lastimarse de ese modo. Cuando intentó dejar de morderse descubrió que la magia ya se había hecho. Era como si él mismo, más allá de sí mismo, descubriera el gusto de su propia sangre y no le quedara más que verse desde fuera intentando adivinar si era

él mismo el que mordía o más bien el que estaba siendo mordido. En fin, así pasaron todavía algunos buenos minutos hasta que mamá se dio cuenta que detrás suyo su hijo se estaba incendiando.

Nunca escribió pero fue como si todo lo hubiese escrito; nada, ni una palabra dejará como legado pero hizo de la máquina literaria una compañía. Digamos, la literatura le fue omitida pero descubrió la fuente de donde surge toda literatura. No hubo obra pero escribió todas las obras en el modo de la imposibilidad que las funda: una obra sin libros que la traicione, una literatura sin escritores, una máquina literaria sin nadie que tome el lugar de su enunciación, pero al costo de volverse inexistente para sí mismo.

La pregunta es ¿cuándo alguien que escribe se transforma en escritor? O bien ¿cuándo un papel escrito se transforma en literatura? Neguémonos a la respuesta, porque cualquier respuesta que demos irremediablemente hablará de farsa. En todo caso, si hablamos de farsa señalemos también la fuerza de esa farsa. Digo, hay algo de performativo en hacerse escritor, una magia que transmuta la palabra en acción, que hace de la mera decisión su cumplimiento inmediato. Por eso es tan clara la correspondencia entre el escritor y el idiota. Como el escritor, el idiota, al hacerse el idiota, hace de la farsa su realidad. Claro que son pocos los que

pueden aceptar la magia performativa de la literatura o la epopeya del idiota en hacer de sí mismo su propia obra de arte. Porque, desde luego, no hace falta hacerse escritor, alguien es escritor cuando escribe un libro que lleva en la tapa la palabra literatura, como tampoco hace falta hacerse el idiota, se es idiota y punto. En todo caso, más que correspondencia, el escritor de una obra sin libros, el escritor de un libro sin letras, se transforma él mismo en un idiota.

El problema no es aceptar la igualdad, sino no ver en el idiota al escritor y reducirlo todo al autismo consecuente. Entonces en vez de hablar de literatura hablamos de neurología, en vez de hablar del descubrimiento de la máquina literaria hablamos de herencia degenerativa. Está claro: si el chico se condenaba a simular lo que en verdad ya le estaba dado, si se obligaba a sí mismo a no hablar cuando en realidad no podía hablar, si haciéndose el idiota comenzaba a pegarse en la cara y morderse los brazos cuando en verdad no podía dejar de pegarse ni morderse, si conscientemente se aguantaba las ganas de limpiar el enchastre de mierda en la cola cuando ciertamente no podía contener las ganas de mear y cagarse encima, entonces no había ningún simulacro, ningún disfraz, no había magia ni epopeya.

En la indecibilidad de si se trataba de un escritor o de un idiota, todos eligieron al idiota. En la indistinción entre "soy idiota" y "me hago el idiota", triunfó la

verdad y lo real. Más bien, ahí donde *A* es igual a *A*, nadie ve el pliegue de lo real haciéndose simulacro de sí mismo. Siempre ocurre igual, no eliminan al idiota, eliminan su potencia y su obra. Nadie ve en el idiota el lento avanzar del escritor cavando pozos en el agua. No ven, no quieran ver la monumentalidad de la obra ni escuchar hablar de la máquina literaria funcionando en el vacío. Lo reducen todo a las glosolalias, a la inmovilidad, a las lagunas mentales, a los ataques nerviosos, a las dificultades de motricidad. Eso, sustracción y robo de sus conquistas, simplificación y descrédito de su triunfo secreto: cuando la parálisis de la mitad del cuerpo del chico fue definitiva dijeron que era esperable, cuando la afasia total se hizo irremediable todos entendieron que tarde o temprano debía suceder.

Está claro, *A* es *A*, y nada debe importarnos lo que un escritor pretenda de sí mismo. Sabemos que el mero hecho de dejar que la compañía cerebral se desmadre no alcanza para llamarla máquina literaria, que facilitarle al cerebro la vida autónoma de un animal desbocado no justifica que alguien se llame escritor. No se vuelve inútil quien quiere, dejarse caer la baba, inmovilizar el brazo, permanecer cagado sin decir palabra, no hace de la nada biológica una decisión humana. Sin embargo, aun aceptando que ni en la literatura ni en la vida existe alguna magia performativa, digo, aun aceptando todo esto, incluso así, no cualquiera se hace es-

critor, no cualquiera se hace idiota ahí donde ya era un idiota. No es tan sencilla la cuestión. Ni todo el cinismo humano puede omitir lo difícil que es no poder hablar y sobre ello armar el simulacro de la imposibilidad de hablar, lo difícil que es hacer de la parálisis una continuidad estricta con la ficción de esa misma parálisis.

Porque no se trata solamente de que el escritor se transforme en inútil, sino también de afirmarlo, de insistir, de serlo hasta el fondo, hasta que se escuche el rumor de la farsa detrás de todo acontecimiento, arrancar el fondo de ficción de la palabra y la vivencia para carcomer lo que se dice y pudrir lo que se vive. Es un trabajo y una producción que lleva toda la vida: hacer de la nada la propia nada, hacer de la impotencia de existir toda la potencia de inexistir.

Ni siquiera me importa discutirlo, el reconocimiento de la magia sólo se da en la experiencia interior. Nadie habría podido ver ese pliegue mínimo ni hacer la distinción entre "soy" y "me hago". Siempre funciona de la misma manera. La política no idiota vive del idiota, gira en derredor de su punto, lo invade, lo interpela, lo traduce, lo explica, y finalmente cuando la invasión no encuentra la tierra prometida, cuando la interpelación no tiene respuestas, cuando la traducción se hace infinita y la explicación se encuentra con lo inexplicable, la estrategia no idiota –mamá, doctor, psicólogo, psicopedagogo, psiquiatra, neuróló-

go, enfermeros– es la de la sustracción de la voluntad de irse a la mierda: el idiota es idiota y nace idiota, el escritor es un señor que escribe libros de literatura, entre un extremo y otro se juega la diferencia entre el hombre y el animal.

Igual, todo bien. Ningún problema. Pero entonces qué terror venido de la prehistoria del cerebro impide ver que donde las cosas humanas se gastaron, ahí donde la palabra ya no alcanza, donde la acción es un cuento del pasado, no hay otra epopeya más que la concentración en el punto. Cuando el hombre se exime de la historia, qué terror entonces, sino el de ver en el idiota un destino. Incluso ahí donde la literatura juega al *apocalipsis* y se hace post-literatura reduciéndose a la crónica bien escrita, qué queda de la ficción sino el juego de algunos idiotas. Digo, porque si el idiota es idiota entonces por qué tanto odio. Nadie se ensaña con el árbol por ser árbol, nadie obliga al pájaro a que su nada se vuelva secreto. Pero al idiota sí lo obligan. Y con saña, como si adivinaran que detrás del idiota existe el mago performativo que hizo de la nada una compañía.

Hay un dicho popular que resume todo lo que quiero decir de lo que puede entenderse como la tragedia que permitió que el punto se haga agujero: el que calla otorga. Es evidente que hay que ser demasiado idiota para no hablar cuando te piden, te ruegan y te obligan

a hacerlo, pero ¿por qué el que calla otorga?, ¿quién dijo que porque se calla y no responde está otorgando algo? ¿Tan malo es hacerse inútil? ¿Por qué ese furor de sus compañeros de clases cuando lo encerraban en el baño tomándolo de los pelos y hundiéndole la cabeza en el agua sucia del inodoro? ¿No alcanzaba con que se rían un rato y asunto terminado? No, obviamente no alcanzaba, había que cumplir con lo pactado: si calla es porque otorga. Entonces aparecía Martínez que ya había repetido unas cuatro o cinco veces y que tenía la pija unas cuatro o cinco veces más inflada que el resto y un instinto de crueldad que encontraba su mejor expresión en los puntazos que le iba dando con los pedazos de vidrio que siempre llevaba en el bolsillo mientras se lo cogía obligándolo a una concentración mayor mientras intentaba no ahogarse entre el pis y la mierda. O el profesor de gimnasia al que le encantaba que se sentara a su lado para tomarle la mano y obligarlo a hacerle la paja, mientras los demás corrían o jugaban a la pelota en el patio. Pero es así, lo sabe por experiencia. Era quedarse sentado en algún lugar buscando concentración en algún punto para que cualquiera que se le acercara entendiera que si no respondía a sus preguntas, si no se movía ni parpadeaba, entonces estaba otorgando. Así fue descubriendo cada descampado de la zona, los baños de la estación de colectivos, incluso las garitas de las paradas junto a la banquina de la ruta, donde invariable-

mente lo llevaban para echarse un polvo más bien higiénico como un modo de sacarse de encima los flujos excedentes e inútiles del cuerpo.

Evidentemente hubo cosas que se le escaparon de las manos, efectos imprevistos de su carrera literaria y su concentración en el punto. De tanto hacerse el idiota terminó armando una tragedia. Nadie tuvo la culpa, en todo caso, la culpa fue del chico. ¿Quién no hubiese preferido que el escritor se dedique a escribir? ¿Y en todo caso, quién no hubiese querido que el idiota diga algo, que se queje, que denuncie? Pero no, el escritor no escribió ninguna oración y el idiota no dijo nada. Su única estrategia fue sostener la impotencia hasta el punto que nadie pudo distinguir el trabajo de hacerse incapaz y la determinación natural de ser un absoluto incapacitado.

Pero si le vamos a echar la culpa, reconozcamos también el esfuerzo. Digo, nunca ha sido fácil conquistar la impotencia soberana. El silencio nunca nos es dado desde el origen, hay que trabajarlo y producirlo. Hay que ganarse la afasia. Todos tenemos ganas de limpiarnos la cola cuando nos hemos cagado encima, todos tenemos ganas de limpiarnos la baba que nos cae hasta el pecho y hasta tenemos ganas de caminar y andar parados. Hay que alcanzar una concentración que sólo una renuncia absoluta y radical puede otorgarnos, y cuando el culo nos comienza a picar porque la mier-

da nos enchastra hay que reconquistar el punto, y cuando la baba está pegoteada en el pecho y las piernas nos duelen del entumecimiento, hay que hacer del punto un sobrepunto. Y cuando papá nos toma de la mano y nos empuja a agarrarle la pija y apretarla entre los dedos para subir y bajar la pielcita desde la base hasta la cabezota roja y brillante, hay que relajar el músculo, dejarse llevar por la presión de su mano que nos guía. Y cuando la pija de papá no nos entra en el agujerito del ano y papá se humedece los dedos para dilatar el anillo, y lo intenta otra vez y fuerza la fisura metiendo lo que no entra, no hay que gritar, no hay que gemir, ni siquiera cerrar los ojos, lo que hay que hacer es concentrarse: hacer que el sobrepunto se transforme en un agujero. Entonces cuando papá saca la pija del ano y nos da vuelta para acabarnos en la boca y sentimos ese asco de la mezcla de la mierda de nuestra cola pegada en el glande y nuestra baba acumulada y la guasca agria en la lengua: nada, no hay que hacer nada, no responder, no decir ni sí ni no, sostener la renuncia, alcanzar la pura impotencia, y que todo, el cuarto, la cama, las sábanas, las mesitas de luz, papá, la pija, el asco, nosotros, todo se vaya por el agujero que cavamos en nuestro punto.

La primera vez estábamos en la cama haciendo la siesta, en esa frontera entre el sueño y la vigilia en la

que todo se mezcla y yuxtapone. Un mal movimiento, un movimiento que no debió haber hecho, acurrucado, acomodándose, medio dormido todavía, llevando la boquita abierta y babeante hacia su calzoncillo, haciéndole sentir el aliento caliente, produjo en él ese cosquilleo y arrebato de la sangre en la cabeza de la pija que golpeó, tres, cuatro veces, contra su cara y se metió de pronto en la boca. En esa frontera en la que papá corría sin correr, en la que despertaba sin despertar, sentía el semen subir como un escalofrío por la columna vertebral de la pija. Quería detenerlo y no podía, ya estaba la guasca tibia chorreando mezclada con la baba por la boca del chico. Pobre papá, esperaba que Maurau se mostrara molesto, que dijera algo, que se mueva, que llore, algo pero no ese silencio tan difícil de interpretar. Se quedaba quieto y esa inacción era tan grande que nadie podría haberla entendido como una negación. Sólo eso, no afirmaba ni negaba, o más bien su negación fue tan radical que incluso le hacía imposible decir que no. Seguramente eso era lo que a papá lo puso tan nervioso y agresivo.

A veces comparo aquella situación con la de un emperador que quiere conquistar un pueblo lejano. El conquistador atraviesa medio mundo y llega a la nueva tierra como llega la fatalidad, demasiado súbito, demasiado convincente, con toda su corte detrás, guerreros y sacerdotes, actores y escribas, siempre invisibles en las

tinieblas. Es imposible comprender cómo atravesaron tantas altas y desérticas mesetas, tantas vastas y fértiles llanuras. Hablar con ellos o con él es imposible, hablan una lengua que no es de este mundo. Cada una de sus palabras dicen el desierto que lo justifica en el terror. Ha venido para gobernar sobre lo que le es propio como un perro paranoico sobre los restos de su presa, pero el pueblo conquistado no sólo no ofrece resistencia sino que ni siquiera parece haberse dado cuenta de la llegada del emperador. Nada ha cambiado, es como si el emperador no existiera, nadie dice nada, los campesinos siguen trabajando la tierra, ningún artesano interrumpe su tarea, los chicos siguen jugando en la plaza. Al principio el conquistador parece no entender la situación, le dice a sus consejeros: para qué atravesamos tantos mares y desiertos si ni siquiera notaron que hemos llegado. Pero finalmente comprende, sabe que no tiene otro modo de apropiarse de lo que ya le es propio sino es cortando todo lazo, sino es escribiendo por encima de cada cuerpo su nombre para que cada cuerpo y cada órgano no digan sino su epopeya. Así el conquistador paranoico se transforma en el déspota que reparte y distribuye, corta y separa. Primero separa a papá de sí mismo, le sustrae la pija, y un día es el mismo emperador el que en la oscuridad se ha metido en la cama del hijo. Lo toma del pelo y le tapa la boca, y usando la verga de papá que ya no es la verga de papá, que

no es sino una pija abstraída, descarnada y metafísica, se introduce con ella por el ano desgarrado, para meterse definitiva en los sueños y en cada intermitencia de lo real, para quedarse, él y su pija, colgados en lo alto de un cielo vacío, trascendentes, impensables. Entonces papá, castrado, puede ser papá, puede dormir tranquilo en su pieza el sueño de vivir sin pija para su hijo, ahora puede pasearse en paz por el poblado y callar y olvidar. Después separa al hijo de su ano, se lo apropia como se apropia de la tierra que conquistó, como de la virgen extranjera que alimenta el coraje de todas las guerras, para que el hijo sin nombre, puro, intocable y casto, recorra la frontera infinita de la noche que lo separa de su ano inalcanzable. Entonces padre e hijo pueden vivir tranquilos porque papá e hijo son eso: papá sin pija, e hijo sin ano. Pueden vivir tranquilos porque ninguno conoce al emperador –único objeto, sin embargo, de nuestros pensamientos–, su gobierno se ha instalado en el desierto y sólo regresa de noche para apropiarse de lo que es suyo, en silencio, como el relámpago se adueña de su propio resplandecer.

Pero aquí comienza también toda la revolución del hijo: pedirle pija, pija y más pija. Por lo menos eso es lo que papá podía interpretar de su silencio. Un escritor nunca pide nada, pero en este mundo no pedir nada –como vengo diciendo– sólo puede ser entendido como una forma de otorgar. El problema es que la im-

potencia soberana que Maurau había alcanzado era tan fabulosa que lo que otorgaba se volvía infinito. Y papá, claro está, no estaba a la altura de las circunstancias. Por eso, cuando de tanto callar, de tanta abstracción, de tanta metafísica y trascendencia, habían olvidado al rubio conquistador sodomita, el escritor le devolvía a papá su pija de emperador, le exigía que tomara lo que era suyo. Ya no lo quería como papá, lo amaba como un siervo puede amar a su señor, pero reclamaba también que papá cumpla hasta el final su papel de amo. Entonces se acabaron los juegos y los cuentos, ya nadie quería esa paz de castrados.

No voy a decir que papá era un pobre tipo, en realidad era como cualquier hijo de puta que hace lo que puede. Porque las cosas funcionan de esa forma. Si existe la capacidad de hacerlo hay que hacerlo, si existe la posibilidad de llevar al acto lo que estaba en potencia hay que avanzar, de lo contrario algo comienza a pudrirse, la máquina se estropea y de pronto nos transformamos en idiotas. Como si fuera tan fácil. Quisiera ver a los que dicen eso aguantarse la mierda pegoteada en la cola y las ganas de limpiarse. Un escritor no es el que no puede, sino el que se da a sí mismo la tarea de hacerse imposible el hecho de poder. Es siempre la ignorancia de los hijos de puta la que termina arruinándolo todo. Arman la trampa y no hay modo de salir, como si dijeran: si quieres alcanzar esa so-

beranía de la que hablas deberás entonces demostrar hasta dónde has renunciado. Y la exigencia es radical porque lo que el escritor otorga es igual a la impotencia conquistada.

Pero la responsabilidad era de Maurau. Creo que si le hubiera dicho a papá: "mirá papá, en este momento estoy ocupado en hacerme incapaz e inútil para la vida, así que te pido por favor no vayas a interpretar que mi literatura significa que estoy otorgando algo"; estoy seguro que papá lo hubiera comprendido y no hubiera forzado las cosas. Alcanzaba con decirle: "no papá, la verdad es que el trabajo y el esfuerzo que me demanda hacerme escritor y sostener mi impotencia no me da tiempo para esas cosas; así que no vayas a interpretar que esta indiferencia significa que puedas tomar de mí lo que de ningún modo estoy entregando". Pero no le dijo nada, nada, nada. Apostó por su soberanía, pero ni siquiera se trataba de apostar, ya había alcanzado tal grado de concentración en el punto que le era imposible decirle ni que no ni que sí. Pobre papá, todo esto estaba más allá de su capacidad de poder comprenderlo, al menos era difícil que pudiera hacerlo por su propia cuenta. Por eso no le quedaba otra posibilidad que mal interpretar lo que pasaba: el chico sigue pidiendo pija. Claro, habrá pensado que en realidad era Maurau el que, sin reproches y en silencio, lo estaba condenando a jugar de amo. Entonces empezó el

teatro: comenzó a simular que verdaderamente había sometimiento y lo cagaba a palos. Lo forzaba a darse vuelta sobre la cama, tomaba con fuerzas sus brazos para que no se zafara, le tapaba la boca para que nadie los escuche. Pero papá sabía que no necesitaba forzarlo. En ningún momento el chico pensó en la posibilidad de zafarse y ni un gemido ahogado hubiese salido de su boca.

Entonces no supo qué hacer, demasiada presión para alguien tan poco preparado para los vericuetos de la vida. La vida del esclavo es dura, sí, pero la vida del amo lo es aún más, él también debe someterse a su papel y estar a la altura de lo que se le exige. El modo que papá encontró para salir fue coherente con sus limitaciones. La tragedia es un facilismo pero siempre es eficaz. No sé qué hizo con mamá, pero un día se despertó y le pegó un tiro en la cabeza o algo así. Lo cierto es que nunca más volvimos a verla. Terminado el asunto con mamá, se preguntó qué podía hacer ahora con el hijo escritor. Esto era más complejo porque seguramente ya no se atrevía ni siquiera a entrar a su cuarto. Entonces tuvo una idea luminosa.

Papá, no debiste encerrar a tu hijo en el cuarto bajo llave porque entonces podrían pasar meses y nadie escucharlo gritar en el rancho en medio del desierto. Pudiste haber pensado otra forma pero no dejarlo encerrado en el cuarto porque tarde o temprano todo se vuelve oscu-

ro haciendo de penitencia y encierro, pesadilla y condena. Porque entonces todos los instantes terminan siendo un mismo instante, porque en el encierro el tiempo tiende a alocarse, porque la compañía no deja de hablarnos, porque es difícil saber quién habla y quién escucha, porque es difícil sostener un criterio de distinción entre el adentro y el afuera, porque los oídos tienden a taparse, porque entonces las cosas no ocurrieron sino como un cuentito mal organizado, porque no sabemos si aquello que nos habla nos habla a nosotros, porque no sabemos si cuando aquello dice *yo* somos nosotros los que decimos *yo*, porque en algún momento comienza a no importarnos, porque alguien nos dice que ya no debería importarnos, porque buscamos nuestro punto y nuestro punto se ha fugado en la noche, porque entonces buscamos nuestro punto y en nuestro punto se ha abierto un agujero que se tragó la noche y en la noche el desierto y en el desierto el rancho, y en el rancho la pieza en la que intentamos reencontrar nuestro punto.

Bueno, en verdad, no fue para tanto, digo, porque cuando papá se fue le dejaba a Maurau un hijo suyo en el vientre. Eso era una esperanza que le permitía vivir de ensueños. Pensaba llamarlo Roberto, como el padre, se acariciaba el vientre y le decía: te llamaré Roberto y tendrás los ojos negros como papá. Tenía las tetas enormes y llenas de la leche con la que se alimen-

taba y sobrevivía. A veces pensaba que papá podía volver para levantar la penitencia, entonces se imaginaba que juntitos los tres podríamos comenzar todo de nuevo. Hubiésemos construido una casita blanca, lejos, entre los bosques, cerca de algún lago, con algún ciervo que se acerque a pastar y nos mire con sus increíbles ojos azules.

Todos saben que el tamaño del cráneo es la marca del idiota, la frente invade el espacio propio de los ojos condenándonos a una sombra perpetua, la mirada se oscurece y con ello perdemos lo que de alguna forma funciona como especificidad humana: la mirada como reflejo del alma. Nosotros no tenemos alma porque el cráneo ha decidido impedirnos mirar claramente y dejar que los demás vean nuestra mirada. Esa oscuridad delata nuestra inhumanidad. Sí, pero cuando el idiota ha quedado embarazado entonces se descubre lo que verdaderamente lo define. El vientre de Maurau se fue hinchando impidiendo descubrir el pene y reduciendo a accidente cada extremidad. Crecía lentamente, como una masa que al principio informe, llena de protuberancias, relieves e imperfecciones, luego se eleva y se expande para no quedar entonces más que la tensión de una superficie lisa y perfecta. Cuando el cráneo ya no sobresalió de la circunferencia en la que se iba convirtiendo, el vientre terminó incorporándolo todo a su perímetro. Se había transformado en un huevo gigante,

con manchas dispersas y a la vez concentradas en algunas zonas. Cerrándose sobre sí mismo para proteger el feto. Fue convirtiéndose en una esfera cuyo centro estaba en cualquier parte y la circunferencia en ninguna, sin arriba ni abajo, sin orden ni jerarquías, sí con pequeños detalles: uñas diseminadas, matas de pelos distribuidas al azar, la punta de la nariz apenitas visible. Sólo quedaban dos agujeros sobrevivientes y perdidos: el ano y la boca. A veces los dos del mismo lado, adelante, y otras detrás. Así donde esperaba el ano encontraba la boca, donde buscaba la boca encontraba el ombligo, y donde pretendía ubicar el ombligo hallaba una axila de la que a veces sobresalían algunos dedos.

Fue un tiempo muy duro para el chico, no veía la hora en la que el bebé encuentre un agujero para salir. Pero ese día, nada fue como lo esperaba y lo que debía ser un parto normal se transformó en una masacre. Primero fueron apareciendo las puntadas, después los mareos y los vómitos constantes. La nariz chorreaba sangre y algo viscoso salía por su boca. Todo se le mezclaba y confundía. Ciertas protuberancias como burbujas evanescentes pronto a evaporarse fueron dibujándose en la superficie de la masa encefálica. Cierta línea que sus manos podían tocar y seguir, trazaba una elipse que desde la nuca hasta la frente partía su cráneo en dos partes. Lentamente comenzaba a rajarse extendiéndose la fisura desde la coronilla hasta el ano, para que final-

mente Maurau se parta al medio, sin descubrir nada, yema, feto, carozo, nada.

Cuando terminó de romperse quedaron dos mitades que ya no eran el idiota pero que a la vez de alguna forma todavía seguían siéndolo. El mismo y a la vez otro, dos mitades distintas e iguales, tan semejantes y tan diferentes. Pero es difícil explicarlo. Digo, porque el reconocimiento no era tanto entre una mitad y otra, sino más bien con respecto a la continuidad perdida a la que ambos se destinaban, como si aún en la división, se tratara del mismo idiota que crece perdiéndose a sí mismo. Porque entonces a qué llamar padre sino a esa nada que ha quedado después de la partición; digo, en el origen de ése y del otro Maurau que entonces nacían, quién había sido el que rompiéndose se hacía dos para que Maurau y el otro existan. Para ser precisos y correctos siempre ha sido una conjetura, una hipótesis arriesgada. En todo caso, Maurau se sintió estremecido, él mismo era su propio padre, no metafóricamente, sino física, biológica y literalmente, el huevo primigenio, el idiota que Maurau era antes de que Maurau naciera.

La experiencia humana confunde, es más sencillo soportar la continuidad biológica cuando nuestro padre no somos nosotros mismos. Podemos sostener la distancia, podemos esclarecer nuestro mapa mental: yo soy yo, papá es papá, yo estoy aquí, papá siempre está lejos. Entonces podemos jugar el juego de la culpa y el resentimien-

to. Pero para el idiota todo es más complicado, porque el mapa se hace esquizofrénico, porque comienza a confundir geografías y direcciones, porque siendo nuestro propio padre nunca logramos mantener la saludable distancia que nos permita el lujo del resentimiento.

Ese fue el error con respecto a papá: armarnos una ficción que explique lo inexplicable, su imposibilidad, el hecho de no poder tener padre sino en la forma de aquel que el mismo Maurau había sido. Dejarnos narrar persiguiendo el origen imposible sólo porque no hemos podido aceptar que para el idiota no hay nada, ni siquiera la posibilidad de culpar a alguien. Pero qué se hace con esos residuos que en nosotros no son nuestros sino más bien efectos de la narración del que habla en nosotros –digo, intensidades, vibraciones: ese gusto de la leche de papá en la lengua, ese ardor en la cola de Maurau.

Pero cuando digo Maurau digo aquel que rompiéndose en dos se ha hecho nada para que Maurau exista, y por ello cuando hablo del ardor en la cola de Maurau hablo de la cola de papá –quién era entonces el que penetraba en la cola de papá. Pero fundamentalmente, quién es el que habla ahora sino es papá, y con qué palabras que no sean las de papá decir las palabras de papá en mi cabeza.

No lo tengo del todo resuelto, es sólo una hipótesis que se me ocurre, pero si se entiende esto entonces se

comprende por qué esta compañía es un efecto inevitable para el idiota. Porque la compañía es esa nada que arrastramos desde el origen. La compañía es papá hablándonos al oído. Yo soy papá murmurando esto que no alcanza a ser palabra, esto mismo, este ruido de fondo en Maurau.

Claro que todo lo que digo debe ser puesto en contexto. Ser escritor no es lo mismo que ser estúpido. El escritor responde a una ontología diferencial por la que no se entrega a lo que la biología humana y sus posibilidades le determinan, más bien produce un exceso que alcanza el umbral de lo indistinguible. En cambio el estúpido todavía responde al campo de lo humano compartiendo una misma definición, en todo caso, su singularidad no es más que una desviación, refiere a ciertos caminos laterales llenos de obstáculos, bosques, desiertos y lagunas mentales, pero el horizonte que lo guía no deja de ser el de la humanidad. Son los que permiten la exhibición de la compañía, dejan que el murmullo crezca, que se haga interrupción, interferencia, incluso permiten que se transforme en voz propia y hasta llegan a escribir libros que hacen pasar como literatura; pero el estúpido no cree en lo que la compañía literaria dice, y eso lo salva, lo sostiene en el límite de lo humano. Aunque cada vez que erra, cada vez que duda y se compromete con su propia pelotudez, ponga

en cuestión la teleología humana que lo anima, nunca logra deformarla hasta que su propia biología tome el rumbo de la monstruosidad.

No sé, acaso las influencias cristianas y progresistas de su familia influenciaron en la visión que el chico tenía de sí mismo. Digo, siempre hubo en su personalidad cierto regodeo en la culpa que nunca le permitió desatar el nudo, extirpar la necesidad de saberse humano, extenuar hasta el hueso la carne de la razón. Quizás era miedo de verse expuesto, cierta cobardía a situarse en el casillero anómalo. En todo caso, mantuvo a raya las tendencias, las ganas de irse a la mierda y llevarse consigo lo que lo rodeaba. En ese sentido, en el caso de Maurau, la existencia de mi compañía no respondía sino a cierto goce moderado por lo monstruoso, cierta política social demócrata del exceso. Nunca se permitió creer en esto que le contaba. No había riesgo. Que hable, que refunda todos los orígenes, que prosiga mi monólogo, Maurau se refugiaba en el cuadrito del ciervo y eso le alcanzaba para ganarse la vida como espectador. ¿Cómo hacerse cargo de haber sido un huevo que rompiéndose al medio se hacía dos? ¿Cómo creer que él era su propio padre o, en todo caso, que esta voz era la voz de su padre en él? Por eso prefería la estupidez, la duda y la incertidumbre, no afirmar ni negar nada. Que la compañía hable, que mis palabras se sucedan sin fin; Maurau se limitaba a la

contemplación. Pero por eso también el desciframiento de la idiotez que sus sueños de escritor disimulaban, la revelación de su inhumanidad y del abismo ontológico que mediaba entre lo que Maurau era y lo que todos los derechos del hombre pretendían de él, se aplazaba transformándose en un descubrimiento más bien tardío. Eso es lo que tengo que contar, que un día llegó mamá, que esa mamá no era mamá, o quizás si lo era, en todo caso que esa que entonces comenzaba a ser nuestra mamá curó las heridas del parto, que la otra mitad del chico quedó encerrada en el cuarto que ya nadie volvió a abrir, que a partir de ese día lo que era narración se le hacía carne, lo que de humano quedaba en Maurau se exhumaba en una ontología de fuego. Pero debo ir de a poco y contar entonces qué fue lo que sucedió con mamá para dejar al escritor frente a lo que él mismo era.

2.

Todos tenemos nuestro punto y en algún momento y de alguna forma se nos revela su doble fondo, su aniquilación como punto para hacerse abismo. El cuadrito del ciervo era el punto idiota de Maurau, el de papá era la cola del chico y el punto en derredor del cual giraba la vida de mamá –que no era nuestra verdadera mamá y sin embargo tan parecida a ella– era la reproducción. Después del abandono de papá, todo su organismo parecía estar concentrado y reducido a ello. Su eficacia era insólita. No pasaban dos semanas sin quedar embarazada. Claro está que la concentración en el punto es la misma disolución de ese punto, y en el organismo de nuestra madre su concentración en la reproducción era desde luego la disolución de aquello en lo que se reproducía. Había logrado una técnica extraordinaria en realizarse ella misma, sin ayuda ninguna, un aborto tras otro. Se había transformado en una pasión, un exceso constante. Se tiraba en la cama con las rodillas levantadas y la vagina expuesta. Tomaba dos agujas y comenzaba a escarbar en su útero, más bien tanteando la posición del feto. Cuando lo encontraba

se detenía un instante, un segundo, dos segundos, y entonces, con firmeza y una exactitud increíble, clavaba y empujaba las agujas en un único y mismo movimiento. La sangre comenzaba a chorrear manchando las sábanas de las que nunca terminaba de quitar la costra de las hemorragias anteriores. Entonces se levantaba, se servía un vaso de agua y tomaba una pastilla de Axemistral que luego le permitía expulsar el feto en el pozo del baño.

A los dos o tres días del último aborto, mamá –su extraña sabiduría orgánica– estaba de nuevo embarazada. Ni siquiera necesitaba dudar de aquello. Dada la eficacia de su organismo simplemente se tendía en la cama y comenzaba a escarbar con las agujas. Era inevitable pensar que ese furor con el que mamá las insertaba en el feto estaba relacionado con el temor de volver a engendrar otro escritor. De algún modo, mamá estaba matando a Maurau. Su extraordinaria fecundidad era una especie de condena: no poder terminar nunca de matar al idiota. Ese desplazamiento simbólico le permitía el exceso por el que trascendía el mero hecho de clavar aséptica y delicadamente las agujas para desatar una pasión sangrienta contra el feto que terminaba descuartizado antes de ser expulsado del útero.

Y así, de inmediato, ya estaba metida en la cama con otro, a veces el mismo, pero la mayoría siempre hombres diferentes y desconocidos, con los que ella ca-

si no intercambiaba palabra sino era para preguntarles si les molestaba que el idiota se quedara en la habitación o preferían que lo sacara al parque. Algunos decían no importarle pero pedían que mamá dé vuelta a Maurau hacia la pared porque no les gustaba su mirada. Algunos otros preferían el parque, y entonces Maurau –aunque mamá siempre le decía que no debía escarbar con la palita en el jardín– aprovechaba para jugar con la palita descubriendo cierta masa gelatinosa y a veces huesitos que le parecían no corresponder con el lugar indicado para su reposo, por lo que, sin preguntarle nada a mamá, retiraba los huesos diminutos desenterrados, se los metía en el bolsillo y luego en el rancho intentaba, no sin esfuerzo, cierta aproximación a alguna unidad en la que, desde luego, no siempre el tamaño de los brazos, por ejemplo, correspondía con el tamaño de la pelotita del cráneo.

Pero la gran mayoría eran aquellos que le pedían a mamá que Maurau se quede al lado de la cama. El escritor se había transformado en un plus de la relación, un motor de excitación. Mamá lo sabía y cobraba más si querían que Maurau estuviese presente, pero no pagaban por la relación que iban a tener con mamá sino que pagaban por tenerla a la vista de Maurau. El escritor era una atracción sexual no poniéndose como objeto mirado sino más bien como sujeto condenado a mirar. Lo que los excitaba era ser mirados por el idiota,

hacerle de todo a mamá para que el idiota los vea.

Si Maurau hubiese podido se habría dado cuenta de la diferencia en el tipo de relación sexual que los hombres mantenían con mamá cuando él estaba de espaldas frente a la pared y cuando le permitían quedarse en su lugar junto a la cama. Antes de penetrarla no dejaban nunca de exponerla, en general concentrándose en la dilatación del ano probando cuántos dedos podían caber o los objetos –un florero, una lapicera, un encendedor– que podrían ser enterrados.

Cuando le exigían a mamá que el idiota salga del rancho, en general, terminaban rápido y mamá ilesa, pero cuando dejaban que el idiota se quede inevitablemente venía la golpiza. Parecía que los hombres actuaban para él, mostrándole el modo en que una mujer debía ser penetrada. Por eso cuando pagaban no pagaban el trabajo de mamá sino por el de Maurau. Pagaban para que el chico deje de mirarlos y los olvide. No saldaban una deuda con respecto a una labor pasada sino que compraban la promesa de un olvido futuro. Estoy seguro que todo hubiese sido más fácil si hubiesen podido pagar ese olvido, pero nunca hay olvido sino la promesa del olvido, y eso siempre nos condena a la traición y a la catástrofe.

La facilidad de mamá para realizar abortos se difundió poco a poco en toda la villa, comenzando a llegar a casa mujeres de todas las edades. Tanto trabajo tenía

que Maurau había comenzado a desaparecer de su vida. De ahí el problema con la caca que antes contaba. Permanecía cagado días enteros teniendo que aprender solito cómo limpiarse la cola, lo que evidentemente, ya siendo tarde para semejante empresa, nunca terminó de hacerlo. Seguramente esa imposibilidad tenía que ver con una cuestión de perspectiva más que de dificultades motrices. Maurau mismo habría alcanzado a limpiarse el ano cagado, pero difícilmente comprender y aceptar que también había un mundo a sus espaldas.

Por ejemplo los disparos que de noche sonaban cada tanto en la villa. El estímulo llegaba de inmediato a la percepción pero la respuesta se retrasaba, como si el procesamiento del dato necesitara la mediación de mi compañía. Primero había que analizar cómo el sonido atravesaba el lugar, o más bien cómo el sonido que acercándose a Maurau iba en su recorrido construyendo un lugar al alcanzar su oído. Recién entonces Maurau se daba vuelta esperando encontrar algo, realidad, espacio, habitación. Mientras tanto no existía nada detrás suyo, realidad, espacio, habitación, sino como mero murmullo y caos. Ni el estruendo era escozor o vibración física, ni la caca era enchastre, picazón, o peso alguno que colgaba en el calzoncillo, sino un mundo que se armaba a sus espaldas para que una vez terminado, entonces yo lo llame, indicándole, ahora sí, ahora hay algo, ya no abismo mudo, sino algo, núcleo, mate-

ria informe, energía concentrada que ha necesitado estallar –a lo lejos en la villa, o más cerca en el culo– como estruendo para mostrarse habitación, puerta cerrada. Mientras tanto, mientras ese mundo no estuviese armado como relato para la compañía, Maurau no pensaba en nada, Maurau solía no pensar en nada. Se movía, estaba, persistía, pero en silencio.

La única distracción que tenía era ver trabajar a mamá, lo que resultaba verdaderamente fascinante. Mamá era una persona más bien delicada y frágil, moviéndose siempre con una lentitud exasperante. Parecía siempre vivir enferma, pero cuando alguna de las mujeres se tendía sobre la cama y mamá comenzaba a escarbar con las agujas en el útero, liberaba una energía que hacía temblar el rancho entero. La mujer en la cama se movía como si la estuvieran electrocutando –el vientre y las tetas vibraban, las mandíbulas se apretaban fuertes, los ojos cerrados o abiertos pero siempre apabullados. Mientras tanto, mamá parecía querer meterse en el útero. Más bien era una carnicería, un animal metido dentro de otro animal, queriendo arrancarle las tripas.

Cuando las puntas de las agujas se habían clavado lo suficiente en el cráneo o el pecho del feto, mamá las retiraba, y después se iba a buscar la pastilla de Axemistral y el vaso de agua que cedía a la mujer. Entonces todo parecía distenderse y ordenarse, pero en el acabamiento de ese frotarse unos contra otros –mamá, la

mujer, el feto, las agujas–, la tensión en el aire, en la respiración, en el modo de vibrar cada cuerpo y objeto, no cedía, más bien se concentraba en calor. Al rato levantaba a la mujer de la cama y la llevaba al baño para que expulse al feto. Resultaba extraño que habiéndose metido hasta los codos en el útero, habiendo manoseado al feto para ubicarlo en una posición en la que pueda clavarle las agujas, después mamá no pudiese tocar el feto metido en el agujero del baño. Se notaba que era lo que le resultaba más difícil. Ni siquiera quería verlo, con los ojos cerrados intentaba adivinar dónde podía volver a clavar las agujas para levantar y finalmente meter el cuerpo del feto en una bolsa.

Esto último que dije me hace acordar de algo. Siempre me resultó extraño que mamá diga "el cuerpo del feto" o "los cuerpos de los fetos" como si pudiese distinguir el cuerpo del feto del feto mismo sin caer en una redundancia. Aunque seguramente podría pensarse una doble corporalidad del feto, el cuerpo físico y concreto del feto como feto, y el cuerpo abstracto y prometido al que daría lugar. Pero el problema subsiste como una cuestión de definición, un feto es un germen, el principio informe de una cosa, por lo que entonces se trataba de pensar el germen como germen, el principio como principio, suspenderlo ahí en su propio estado informe, en todo caso, cosa, más bien ente en general, una existencia, sí, pero en cuyo ser está el he-

cho de haber dejado de ser y paradójicamente nunca haber comenzado a ser –una existencia que ya siempre ha sido suprimida pero que todavía no ha nacido.

Hubo un día en que lo que era más bien un umbral conceptual se transformó en un umbral físico y en el desastre de la definición. Esa vez el feto no quería ser expulsado del útero. Se aferraba a lo que podía, se tomaba del cordón umbilical y no se soltaba. La mujer gritaba aludiendo, no muy claramente, al imperativo de matar y sacarle el monstruo que la comía. Mamá clavó las agujas enterradas en alguna carnosidad del útero pero no, seguramente no en el feto que las habría esquivado corriéndose de lado. Sacó las agujas y metió las manos para tantear algo, cráneo, espalda, piernas. Sintió el movimiento, la ondulación del líquido amniótico, rozó una y otra vez las extremidades del cuerpo que se deslizaba entre sus dedos, hasta que finalmente pudo aferrarlo. Con la mano izquierda tomó un brazo del feto, con la mano derecha quitó una de las agujas y la volvió a meter en la vagina clavándola en el pecho. Sintió que el feto todavía se movía, entonces sacó de nuevo la aguja y volvió a clavarla, esta vez en el vientre. Cuando ya no se movió, mamá soltó su brazo y quitó la aguja. Entonces sí se dispuso a retirarlo metiendo los dos brazos en la vagina y sujetándolo con las dos manos por el tronco. La mujer hizo silencio y cerró los ojos. Todo era quietud, el feto empujado por mamá se deslizaba hacia

la vagina, lenta pero inexorablemente, sin mayores obstáculos. Pero de pronto, como si hubiese despertado de una pesadilla, el feto, sus manitos, se tomaron de las manos de mamá comenzando a forcejear. Ayudándose con los pies que apoyó sobre las muñecas de mamá, usadas como palanca para llevar el peso de su cuerpo hacia el fondo del útero, y así potenciar su fuerza y liberarse.

Mamá insistió, volvió a tantear, volvió a aferrar esta vez las piernas que no dejaban de patalear. Cuando los pies ya estaban fuera, sintió la mordida de piraña del feto que había clavado los dientes en sus dedos y que ya no iría a soltar siquiera cuando mamá logró hacer visible las rodillas. La boca mordiendo la mano de mamá implicaba que el feto se había incorporado acercando el cráneo a las piernas obteniendo como consecuencia la postura de una bola o un gigantesco bicho bolita que dificultaba la expulsión. Pero mamá no se detuvo, continuó haciendo fuerza hasta que la carne de la chica comenzó a rajarse en una línea ondulada y ascendente, desde la vagina, o más bien como una continuidad de la vagina abierta hasta alcanzar su cierre a la altura de los pechos. Cuando eso ocurrió la fisura abierta en el vientre hizo visible al feto replegado sobre sí mismo.

Es increíble la irracionalidad de la naturaleza, el pretender hacer pasar una bola de dos kilos de carne y huesos por el agujerito siempre diminuto de la vagina.

A veces pienso que en el origen de la especie la reproducción significaba siempre o la mayoría de las veces, la muerte del individuo que se reproducía, y que, dada esa premisa, la naturaleza seguramente habría omitido cualquier abertura física por donde el feto sea expulsado. Si eso fuese así, la presente monstruosidad de pretender hacer pasar un feto por el agujerito de la vagina (como un elefante, imaginaba, por la puerta de una casa) no representa tanto la irracionalidad de la naturaleza sino más bien el esfuerzo de la especie luchando contra esa irracionalidad abriendo y ensanchando agujeros ahí donde no los había.

Ya sin obstáculos mamá sacó el feto del útero y cortó el cordón umbilical al que seguía tomado de las manos. No podía tener más de cinco meses. Mostraba en el pecho y en el vientre los agujeros que las agujas le habían hecho y por donde ahora chorreaban borbotones de sangre. Sin embargo se movía y pataleaba. Mamá quiso meterlo en la bolsa donde guardaba los fetos de los anteriores abortos pero el feto se resistía mordiéndole la mano y emitiendo gritos agudos que parecían a punto de romper los vidrios. Entonces tuvo que envolver su cuello con las tiras de plástico de la bolsa, dándole una o dos vueltas y apretando fuerte para que finalmente el monstruo, el muerto vivo, exhale su último suspiro. Mamá se quedó con el feto y seguramente lo cambió por comida en la Unidad Básica de la villa,

pero la madre murió. Al otro día los familiares vinieron al velorio que se hizo en casa. Nadie acusó a mamá de nada, más bien la consolaron por el mal momento que tuvo que pasar. No sé por qué pero terminaron enterrándola en nuestro parque.

De algún modo esperaba que sucediera. Hacía tiempo que ya se había dado cuenta de la resistencia cada vez mayor que los fetos ofrecían en cada aborto. Primero el tamaño desproporcionado para los meses de vida que llevaban, después la habilidad para sortear con pequeños y veloces movimientos las puntadas de las agujas, incluso cierto forcejeo que comenzaba al interior del útero cuando mamá quería tocarlos o agarrarlos. Lo mismo sucedía con sus propios embarazos. Tardaba meses enteros en terminar de matarlos. Las pastillas que antes usaba ya no provocaban ningún efecto y cada vez los fetos fecundados eran monstruosamente más grandes.

Mamá decía que eran como cucarachas. Sólo ahora entiendo lo que no terminaba de decir. Claro, eran como cucarachas, eran una evolución de la especie. El juego siempre es la especie, la especie crece y el individuo muere y el crecimiento de la especie es siempre un gasto, una pérdida inútil para el individuo –el dolor gratuito del parto, la irracionalidad y demencia de entregarse a esa masacre de la existencia, que sólo se explica porque algo más allá del individuo lo excede, lo

empuja, lo arrastra. Lo lleva siempre hacia la muerte. Entre el feto y la madre nunca hay amor, hay más bien una lucha por sobrevivir. El feto siempre es un ente extraño en el organismo de la madre, un parásito, decía mamá, que crece chupando sangre y vida. Y el organismo de la madre lo sabe y se defiende: el parto es el acontecimiento final de una larga estrategia de expulsión. Mamá decía que los nueve meses anteriores son como las arcadas anteriores al vómito. No llegan, no alcanzan, parecen más bien un entrenamiento, un ensayo para alcanzar finalmente a expulsar lo que nos carcome. Pero son cucarachas, decía mamá (y no sé a quién se lo decía), son cucarachas y los insecticidas terminan haciéndolas más fuertes.

Pero, en todo caso, si no podía matarlos dentro de su vientre, ¿por qué no esperaba a expulsarlos para después entonces sí matarlos? Porque, como ya dije, en el fondo sabía que sólo podía parir otro idiota como Maurau. Ni siquiera se hubiese atrevido a mirarlo. Por eso el furor y la pasión, por eso el temor. Por eso cuando ya no hubo estrategia que sirviera, cuando pasaban los meses y nuestro hermano crecía y crecía, se cosió la vagina con hilo tanza.

La desesperación ni siquiera le permitió el lujo del dolor, simplemente se sentó al borde de la cama con una pierna apoyada en el piso y la otra recogida sobre el colchón, pasó el hilo por el ojo de la aguja, tomó la

aguja con una mano y con la otra se abrió y mantuvo abiertos los labios de la vagina mientras pasaba el hilo y la aguja de un lado a otro de la carne. Finalmente hizo un nudo y se acostó a dormir.

Pero nuestro hermano creció, y comenzó a hacerse ver en el vientre. Claramente, el cráneo, las rodillas dobladas y los brazos estirados. Debió haber llegado a cumplir dos años ahí dentro, a veces me parecía escuchar su llanto e incluso palabras sueltas que iba aprendiendo al escuchar a mamá. Puto, tarado, forro, y esas cosas que mamá solía decir.

El cuerpo de mamá había comenzado a cambiar, era una mezcla rara de raquitismo y obesidad. La cara, los brazos y las piernas dejaban ver los huesos incrustados en los músculos fláccidos, mientras que el vientre y los pechos parecían la ubre de una vaca gorda y vieja. No era un cuerpo, eran más bien retazos de cuerpos yuxtapuestos en una mezcla insólita que en la desproporción ya no le permitía siquiera mantenerse parada. No podía moverse pero su problema no era la debilidad sino la contradicción física entre sus tetas y el vientre por un lado y las piernas chupadas por el otro. Había dejado de comer para matarlo de hambre, pero con ello, era ella la que moría. Parecía no importarle. Un día intentó matarlo tomando veneno para ratas pero mi hermano no moría, incluso parecía que su existencia le exigía a ella el desarrollo de fuerzas que hacían que su propio

organismo asimilara el veneno que terminó bebiendo todos los días como el que tiene sed y toma agua.

Hasta que llegó el día final. No sé cómo pero nuestro hermano encontró el modo, el pasadizo secreto por el que instalarse en el ano y entonces a mamá no le quedó otra opción que defecarlo. Simplemente lo cagó ahí arriba de la cama. Fue una escena monstruosa, el ano se dilataba hasta alcanzar el diámetro de un agujero por donde pasar ella misma, toda entera, a través de sí misma, como una media que se da vuelta.

Cuando mi hermano cayó sobre el colchón, mamá se desinfló como un globo. En ningún momento se hizo visible, desde el comienzo estaba envuelto en una bola gigantesca de mierda que lo ocultaba completamente. Mamá exhausta parecía dudar si verdaderamente se trataba de un feto o más bien sólo de un bolo fecal engendrado y protegido durante más de dos años. Sin embargo se paró y buscó una pala. No quiso contrastar ninguna hipótesis, comenzó a darle palazos hasta deshacer la bola de mierda en pedazos que saltaron por todo el rancho enchastrando la mesa, la puerta, incluso salpicándolo a Maurau que estaba más alejado. Fue el último día que mamá estuvo con nosotros. Juntó sus pocas cosas en una bolsa y se fue.

Nuestro hermano, y digo nuestro hermano si es que nuestro hermano estaba ahí oculto dentro del bolo fecal, todavía se movía, más bien comenzó a rodar cayen-

do de la cama y gateando hasta los pies de Maurau. Lo alzó en sus brazos, intentó limpiarle la carita pero la caca se había transformado en una costra que no cedía. En los brazos de Maurau nuestro hermano comenzó a llorar, entonces Maurau lo acunó susurrándole alguna canción. Quiso hablar, quiso contarle, pero no había palabras, había comprensión. Lo arrimó a su pecho y acercó la teta hacia lo que podría llegar a ser la boca de nuestro hermano –más bien un agujerito en la mierda. Entonces supo del amor, sintió la leche caliente borboteando en su pecho, deslizándose por el pezón y metiéndose en el agujero de la bola que continuaba temblando. Fue un instante, un relámpago de vida. Pero nuestro hermano pareció quedarse dormido y supimos de inmediato que ya había muerto.

La escena resultante era la de la desolación. Maurau permanecía acomodado en la mecedora con las rodillas levantadas contra el pecho, protegiendo así el cadáver de nuestro hermano. Parecía repetir la posición del feto entre sus brazos, como si fuera una muñeca rusa cobijando otra muñeca en su interior. Sé que es una comparación extraña porque por un lado Maurau no conservaba imagen alguna de su hermano sino sólo cierta sensación en las yemas de los dedos a partir de la cual parecía nacer una idea general, más bien una figura conceptual del feto, pero no una imagen visual, y en cambio, por otro lado, de sí mismo, de la posición fe-

tal de su cuerpo en la mecedora Maurau sólo tenía una figura conceptual pero ninguna percepción real, como si en ese y por ese desfasaje entre la mera figura conceptual y la sensación real se diera el absurdo de la comparación, como si ese desfasaje mostrara cierta evanescencia de los cuerpos y las cosas que necesitaran pasar y devenir, travestirse y mezclarse, uno en otro.

Pasado un tiempo empecé a decirle: "ahora estás parado y lejos de tu mecedora" sin que en verdad Maurau esté en el momento de enunciación ni parado ni lejos de la mecedora sino todavía sentado en la mecedora junto a la ventana. Seguramente la serenidad con la que Maurau escuchaba esas palabras sin darles mayor importancia no respondía tanto al relajamiento de su cuerpo sino más bien al detalle mínimo de que algo, alguien, más allá de Maurau, señalara la mecedora *como su mecedora*. Es una sensación casi infantil: el placer mínimo de reconocer un espacio propio, recuperar alguna intimidad. Quizás resulte extraño que durante días Maurau sólo atinara a continuar la oscilación lenta que apoyándose primero en las puntas y luego en los talones de los pies, él mismo impulsaba, pero que mi compañía le haya dicho "ya no estás en *tu mecedora*" y no más bien "ya no estás en *una mecedora*" funcionaba como una modalidad suplementaria del punto. En todo caso, tuvo que pasar un buen tiempo para que Maurau comprendiese que la vida tenía que hacerse.

3.

Nunca se sabe cuándo se toma una decisión porque la pregunta inmediatamente posterior sería cuándo se ha tomado la decisión de tomar esa decisión, y así infinitamente. Por eso es tan difícil pensar el comienzo de un movimiento, más bien ya siempre nos encontramos moviéndonos. Lo cierto es que Maurau se encontró de pie y al rato ya estaba deambulando por el rancho mientras mi compañía decía: ahora estás sentado y esto se llama mecedora. Incluso al ratito cuando le dije "ahora estás de pie y esto se llama caminar", Maurau estaba parado otra vez junto al ventanal, y cuando casi de inmediato Maurau volvió a andar, mi compañía dijo: ahora estás parado junto al ventanal mirando el villerío. Al rato Maurau se encontraba agachado y casi metido dentro del armario tanteando paquetes de yerba, azúcar y sal. Entonces la compañía dijo "ahora estás buscando los bebés de mamá" sin que Maurau, desde luego, estuviese buscando los bebés que mamá fue guardando. Cuando todavía no había terminado el enunciado, en el fondo del armario ya había encontrado los bebés. Metió a nuestro hermano en la bolsa más

grande junto a los otros fetos e hizo un nudo con las manijas de plástico, sin atreverse a mirarlos, con los ojos fijos en otra parte. Entonces la bolsa se le cayó de la mano, los cuatro fetos rodaron hasta debajo de la mecedora, y llegó la interferencia. Le pareció que se movían, incluso le pareció que no habían rodado sino que gateando habían salido de la bolsa para acurrucarse debajo de la mecedora. Volvió a sentirse mareado, pensó que iba a caerse, se apoyó contra el borde de la ventana buscando respirar hondo, los codos sobre el marco, las manos tapándole la cara.

Cuando hablo de interferencia digo que la relación entre Maurau y la compañía se rompe. Nunca dura más que unos segundos, pero la sensación que entonces sobrevive en Maurau es la de cierta conmoción que trae el gusto de los siglos. La desconexión no se anuncia, viene, y cuando viene todo parece acelerarse y romperse. Entonces no queda más que los restos de una fiesta de aniquilación y crecimiento, el vértigo del caos que desplegándose de pronto se envuelve para hacerse nada. Para mí sólo queda el silencio de la ruptura, y tampoco puedo saber qué es lo que ha sucedido. Por lo que en verdad no hay posibilidad de reconstruir nada. Por eso también la indiferencia con la que los dos enfrentamos la situación como si nada hubiese pasado. Sin embargo queda cierto gusto a electricidad en el aire, cierto desfasaje entre lo que se vio y lo que es, es-

quirlas del estallido: lo que dije, Maurau creyó que los fetos que habían caído al piso verdaderamente habían comenzado a moverse y a gatear hacia la mecedora, sintiéndose mareado se acercó al ventanal, los codos apoyados en el marco, sus manos apretando fuerte los parietales del cráneo.

Entonces vio que afuera, de pronto, la villa ya no estaba, más bien, la villa se estaba yendo. Los hombres desarmaban sus ranchos y pasaban con los carros cargando sus tablones, chapas y cartones. Otros caminando, mujeres y chicos, llevaban en carretillas o al hombro palas, rastrillos y postes. En uno y otro lado, se dedicaban a incendiar los restos que abandonaban para que las columnas de humo negro ascendieran buscando la tarde y no dejaran, entonces, más que fragmentos de eso que así roto –vigas, cascotes, fierros, patas de sillas, botellas, muebles desvencijados– parecía subsistir al borde de lo real, dejando de ser, pero todavía mundo.

Y era raro porque en ese amontonamiento de mugre que quedaba, las cosas parecían recobrar una plenitud inútil, dejando entrever una potencia que más que posibilidad remitía más bien al mero dejarse ver como potencia de existir, como si perdiendo finalidad y sentido recobraran por ello mismo cierta vida animal. Digo, porque no es que Maurau no haya visto entre las ruinas que iban dejando, bracitos, piernas o cabezas rebanadas de fetos humanos que los perros traían y lleva-

ban de acá para allá, sino que, en ese contexto, los miembros amputados o incluso las criaturas que aún se movían y lloraban, pataleaban y gateaban entre los escombros, perdían contorno y definición, diluyéndose en lo que el conjunto ganaba.

Pero está mal lo que estoy diciendo. El problema es que Maurau nunca puede confiar del todo en aquello que cree. La compañía suele narrar y desarrollar lo que en Maurau no son más que vacilaciones e intermitencias fugaces. Seguramente ése era el caso. Digo, porque seguramente no vio a ningún bebé. Lo que vio, al principio, fue un grupo de hombres que amuchados en un círculo de pronto levantaban de cierta carretilla dos o tres bultos que arrojaban al fuego con el que incendiaban un terraplén de basura; sólo cuando los hombres se alejaron retomando de nuevo su marcha creyó entender –entender pero no ver– que lo que habían arrojado eran bebés. En todo caso, los hombres marchándose creaban cierto efecto teatral que no le permitía ver con claridad lo que sin embargo había visto. Era como si de alguna forma ese mismo efecto, al intentar remarcar e iluminar lo que se estaba viendo, anulara la visión inmediata, borrara lo que se veía y lo que debía verse, para no quedar otra opción más que concentrarse en el procedimiento montado. La situación era más bien simple, Maurau había visto a los bebés en la carretilla, pero el hecho de que aquellos hombres los tomaran de

ahí y los arrojaran al fuego para marcharse se prisa, dejando la escena atrás como señalando que eso era lo que entonces había que ver, impedía justamente ver lo que se debía ver, reduciendo la situación al mero procedimiento de mostrarlo. La consecuencia fue que los bebés arrojados al fuego se transformaron más bien en un relato, en un "me pareció haber visto".

En general siempre pasa lo mismo, lo que para Maurau es vivencia termina desnudándose como el mal funcionamiento de dos máquinas estropeadas, la máquina de ver y la máquina literaria. Simultáneas y a la vez inconexas, lo dejan sin poder hablar nunca de lo que ve, sin poder a la vez ver aquello de lo que habla, como si la deficiencia de la máquina de ver tuviese siempre que dejar lugar a la máquina literaria y la tarea de ésta no fuese sino el narrar lo que no se ha podido ver. Ahí donde la máquina de la visibilidad parece estropearse la otra máquina comienza a narrar, y cuando comienza el tartamudeo de ésta entonces aparece lo visible –como si desde siempre estuviesen contando y mostrando no el paisaje, sino sólo contando y mostrando lo que la otra máquina no puede. Acaso ése es el límite de lo visible, el no poder contarse a sí mismo sino con palabras que sólo hablan de su propia imposibilidad.

Por eso cuando volvió la mirada hacia la hoguera, no encontró nada de lo que esperaba. No que no haya visto a los bebés incendiándose sino que no había en

ellos nada que los diferenciara de lo que el fuego consumía, digo, sin poder distinguir cráneo de pelota, brazos de botella, piernas de bolsas. Era como si los hombres al desmontar los ranchos llevándose consigo lo que podían, siguiendo el llamado mudo de la especie buscando escapar de sí misma, no sólo se llevaran la villa sino, con ella, lo que de humano distinguiera una cosa de otra. Por eso era difícil que Maurau pudiese afirmar algo de lo que sin embargo veía, no porque los bebés se mantuvieran ocultos, sino justamente porque a la vista de cualquiera perdían singularidad, diferencia, identidad. En todo caso, cuando los bebés parecían hacerse visibles entre las llamas, buscando escapar, cayendo de la pira hacia los escombros, eran los perros los que en jauría los rodeaban, olfateando primero, tirando el mordiscón después, apretando fuerte entre los dientes y descuartizando lo que en esa vorágine encontraban –piernas, cabezas, brazos–.

Ninguno de aquellos hombres –perdiéndose en el filo del marco de la ventana, dándose vuelta para ver un poco lo que los perros hacían– atinó a regresar y echarlos; otros, avanzando desde el lado opuesto esquivaron la escena como si nada sucediera. Más bien porque sucedía en cada rincón donde, entre los escombros y los intersticios de las ruinas, se adivinaba el movimiento y escuchaba el llanto. No sé, entonces, qué era lo que los perros descuartizaban, no porque Maurau no haya vis-

to los pedazos de los bebés que los perros se llevaban, sino justamente porque era Maurau el que los veía, en todo caso, porque entonces anochecía y empezaron a desmontar su rancho.

De un golpe tiraron abajo la puerta. El que primero entró miró a Maurau, y de pronto dijo su nombre, "¿Maxi, no?, quedate tranquilito, así no te pasa nada". El aliento quemado de alcohol se le metió por la nariz buscando cierto núcleo de sus nervios. La sensación fue de asco y amenaza –más bien una intensidad caliente, una forma del calor que no remitía tanto a una temperatura como a una vorágine. Sin embargo el asco se fue diluyendo y dando paso a la sensación de desnudez, como si el hecho de haber escuchado su nombre en la boca de otro expulsara a Maurau a una exterioridad radical que le exigía retomar un cuerpo, no hacerse visible sino estar ahí donde ya era visible. Le pareció extraño no recordar haber escuchado nunca su nombre, ni de boca de mamá, de papá, ni de mi compañía, como si de algún modo incomprensible estuviese prohibida su mención. Su nombre en la boca de otro era un agujero en la narración del abandono y el encierro con la que podía sostener un aquí y un ahora como posibilidad de alguna biografía e identidad, como si el anonimato en el que se había condenado desde que eligió la parálisis y el encierro en el rancho no fuera sino la magia evanescente de perdurar en una interioridad que no necesitaba mundo, aire ni luz.

Los otros no dijeron nada, miraron al idiota sentado en uno de los vértices y no dijeron nada. Entraron una carretilla y fueron cargando lo poco que había. Vaciaron el armario y al rato atándolo con una soga se lo llevaron sobre los hombros. Desarmaron la cama y con las maderas hicieron un poco de fuego para calentarse un rato. Uno se sentó en la mecedora y después se la llevó. Yendo y viniendo, cuando terminaron de vaciar el rancho, se dedicaron a desarmarlo. Con tenazas y martillos fueron desclavando las columnas y las vigas, quitando el marco de la ventana, la chapa de la pared del frente y finalmente el techo.

De la pared que quedaba descolgaron el cuadrito del chico, lo metieron en una bolsa y se lo llevaron. Ya no había punto idiota. Ya no había nada. Amanecía y el rancho de Maurau había desaparecido. Sentado en el piso, la espalda contra una de las chapas que quedaba, las rodillas flexionadas y los pies tocando algunos escombros, Maurau se cobijaba del viento frío en la intemperie. Afuera, los últimos hombres sacaban las últimas chapas de un rancho olvidado y se las llevaban al hombro entre las ruinas de la villa. Adentro –pero decir adentro es un exceso–, una montañita de fierros, cascotes amontonados y bolsitas de plástico flameando entre los pastizales. Sólo quedaba el esqueleto, en todo caso, nada que pueda llamarse villa.

Eso es lo que puede decirse, que de un momento a otro la villa se iba, pero no sé, hubiese sido fácil entender el movimiento furtivo de los hombres llevándose a cuestas sus ranchos como un despoblamiento o una huida. Quizás sean los límites del entendimiento los que inventan la ilusión y la trampa de la fuga. Acaso el éxodo no sea más que la intermitencia de la quietud, y en el fondo toda huida sólo busque reencontrar la raíz y el referente. Claro está que hubiese sido conveniente al pensamiento que sea la villa la que se vaya, porque la villa podía fugarse si a la vez algo permanecía como núcleo y centro siempre estático, pero no puede el pensamiento seguir el mapa de lo que ha quedado cuando el punto idiota se ha borrado.

Acaso no haya ningún movimiento, seguramente la villa permanece estática y los ranchos siguen levantados frente a la ventana de Maurau. Digo, porque para un escritor el problema nunca es el movimiento sino las velocidades a las que cada existencia se entrega. Al menos para el tipo de escritor que Maurau era, sólo hay velocidades separadas de los movimientos y de los cuerpos moviéndose. Hay cuerpos que se mueven muy lentamente y sin embargo son afectados por velocidades infinitas. También hay cuerpos que moviéndose rápidamente sólo son afectados por velocidades mínimas. En general se tiende a confundir la velocidad y el movimiento, pero, por ejemplo, la luz es una pura veloci-

dad sin movimiento, hace visible lo visible pero cuando se pretende hacerla a ella misma visible entonces se transforma en nada. Ese volverse nada de la luz no es un movimiento es una velocidad infinita. Lo mismo sucede con la muerte, llega a velocidades infinitas pero sin movimiento que la preanuncie. El escritor es el que ha aprendido y también se ha condenado a vivir las velocidades sin movimientos, un mundo, digamos, sin movimiento, sin cuerpos, ni identidades. Un escritor no ve un árbol verde o amarillo, ve el puro color que se hace amarillo o verde en la hoja del árbol. Pero ese amarillo del árbol ya no es el color que vio el escritor, porque para el escritor el árbol sólo es árbol, no tienen color, no tienen perfume, no tiene nada. Sucede igual que con la luz y la muerte, cuando el escritor pretende ver el color puro de frente inmediatamente se vuelve nada. El punto en todo caso es el color sin color que hace que una pared, por ejemplo, una cortina, una silla, una estatuita, se muestren roja, rosada o celeste pero el color sin color no es rojo, rosado ni celeste. Por eso cuando se dice que el escritor se concentra en un punto, no es tanto de un punto de lo que se trata sino de un sobrepunto o un sobrevuelo de las velocidades sobre el punto. Es esa velocidad pura –una velocidad sin cuerpos que se muevan– la que se mueve en el movimiento de los hombres y los materiales de la villa. Ni los hombres ni la villa se mueven, se mueve el movi-

miento. Se mueve la velocidad pura en los cuerpos inmóviles. No es que los hombres y la villa se vayan, es que Maurau perdió el punto y ya no sabe cómo regresar ni cómo hacer para que las cosas se detengan. No que las cosas, los hombres y la villa se detengan, sino que las velocidades puras vuelvan a encontrar un punto y dejen que los hombres y la villa sean simplemente eso, hombres y villa, sin movimiento, sin calor, sin luz, sin color.

En todo caso, amanecía y ya no quedaba nada. Unas chapas amontonadas y Maurau entre las chapas. Los escombros rodeándolo, inventándole cueva y refugio frente al desierto. Maurau apretando fuerte sus rodillas contra el pecho. Nada y sin embargo ocurrió, ocurrió y entonces comprendimos de qué se fugaban, qué era aquello de lo que huía el mundo, las cosas y los hombres, si es que había mundo, cosas y hombres que de algo pudiesen huir.

Pero es tan difícil de explicarlo que no sé por dónde comenzar. Pareciera que nuestro cerebro estuviera designado específicamente para malinterpretar la vida, como si estuviera equipado únicamente para apreciar sucesos que se desarrollan sólo en algunos segundos, algunos minutos, años o, a lo sumo, algunas décadas. Pero la vida se hace y se deshace en una única fiesta de aniquilación y resurrección que dura miles y

millones de años. Sobre ella sólo tenemos un par de ideas y de éstas únicamente tomamos las que nos parecen lo suficientemente plausibles y coherentes con respecto a los criterios que nuestro cerebro utiliza para ordenar los segundos, o minutos o años que es capaz de comprender. Nuestras intuiciones de lo que es posible sólo terminan siendo limitaciones para entender algo de la vida tal como se nos presenta. Pareciera que la única posibilidad de poder comprenderlo todo en los límites de esa finitud es situándonos en el lugar de un espectador privilegiado que pueda ver la historia avanzando a toda velocidad. Sólo nos queda el milagro de que la vida apresure la aniquilación. Pero rápido, muy rápido, para poder verla, para poder saber de qué se trataba.

Lo que Maurau vio fue la historia de la especie en un par de horas. Lo que vio fueron las velocidades puras metidas en el fondo de los cuerpos, acelerándolos hasta hacerlos imposibles. De entre los escombros los fetos sobrevivientes comenzaron a moverse y a crecer, en cuestión de segundos se pusieron de pie, aprendieron sus primeros pasos y ya estaban caminando. Les crecían rápidamente el pecho, las piernas, el cráneo, no del todo armónicamente, como si en la velocidad del crecimiento las partes no alcanzaran el mismo desarrollo. Por ejemplo, a los pocos minutos las manos de los fetos eran las manos de cualquier hombre a los

veinte años pero los brazos chiquitos y gorditos seguían siendo los de un bebé. La misma asimetría presentaban los pies en relación a las piernas y el cráneo con respecto al pecho, por lo que inevitablemente caían y volvían a levantarse. Sin embargo con el paso de algunos minutos cada extremidad iba alcanzando cierto equilibrio. Comenzaron a reconocerse, tocándose entre ellos. Si bien no expresaban más que ruidos inarticulados, poco a poco, esos ruidos parecían, en la repetición, formar parte de cierto orden de representación. El desarrollo del cráneo, el crecimiento de las mandíbulas e incluso una mayor movilidad de la lengua parecían permitirles cierta comunicación verbal siempre acompañada con señales gestuales y físicas. Pero era como si la velocidad del crecimiento no les permitiera terminar nunca de asimilar lo aprendido. Al rato ya medían seguramente más de un metro cada uno. La infancia se les estaba yendo. Según las cuentas de Maurau, en media hora habían crecido lo que un chico en diez años. Recién entrando a la adolescencia descubrieron que uno de aquellos era mujer. Al principio se lamían el cuerpo con una finalidad que parecía más bien higiénica, pero de a poco fueron descubriendo el placer de chuparse, morderse y penetrarse unos a otros.

Sólo tardaban en eyacular algunos segundos pero al ratito ya estaban de nuevo con la pija cabeceando

para volver a meterse en los agujeros de los compañeros. Un minuto después, la panza de la chica comenzó a crecer. El tiempo transcurrido desde la fecundación hasta el parto duró nueve minutos. Lo que se tarda en inflar el globo de una piñata. La piñata explotó y de dentro saltó un bebé que inmediatamente se puso de pie y se sentó junto a la madre para chuparle la leche de los pechos. En los primeros minutos el chico crecía en los brazos de la mamá sin soltarse de la teta. Visto desde fuera, daba la impresión de una conexión insólita tal que el crecimiento del hijo implicaba la disminución de la madre, como si la leche fuese una especie de maná que circulara fluyendo de un cuerpo a otro, dando vida al que la recibía y abandonando al que la daba. Uno abrazado al otro, mientras al chico le crecía el pelo a la madre se le iba cayendo, mientras al chico le iban creciendo los dientes la madre los iba perdiendo, el chico aumentaba su tamaño y el cuerpo de la madre iba reduciéndose como si chupándole la leche la desinflara como una pasa de uva ya arrugada. Cuando se soltó de la teta no podía tener menos de quince años. Tenía la pija parada e inmediatamente la penetró. Fueron de nuevo unos pocos segundos. Cuando quitó la pija, la mujer ya estaba con la panza de dos o tres meses. No pudieron pasar más de seis o siete minutos y la mujer ya estaba pariendo dos mellizas. Pero la vida había pasado por encima suyo dejando sus marcas. Cuando la

segunda nena salió del útero la madre ya estaba muerta. Inmediatamente su cadáver comenzó a pudrirse inundándolo todo con un vaho nauseabundo. A los dos o tres segundos la carne comenzó a desgajarse y desprenderse de los huesos, oscura y media verde. Habían pasado tres horas desde su nacimiento y ahora no quedaban más que un par de huesos y algunos bichos entre los jirones de carne. Tenía, más o menos, entre treinta y cuarenta años. Fue como una magia, la mujer de un instante a otro había aparecido y desaparecido. Las hijas recién nacidas ya medían más de un metro cincuenta, las tetas habían crecido en sus pechos, y la sangre menstrual que recorría sus muslos se mezclaba con la sangre coagulada que la madre había perdido durante el parto. Los otros comenzaron a penetrarlas, sin embargo el hijo que ellos mismos habían engendrado quiso imponerse. La diferencia entonces era notoria, el chico mostraba la fortaleza que sólo se alcanza en el mediodía de la vida, mientras que los otros se mostraban débiles y arrugados. La pelea fue rápida pero feroz. El hijo atacó de inmediato al primero que quiso volver a penetrar a las hermanas. Se abalanzó sobre su rostro, mordiéndolo hasta desfigurarlo. No paró hasta descubrir que ya no se movía ni defendía. Se hizo silencio, todos quedaron estáticos contemplando no tanto el cadáver sino cómo algo, cierta fuerza, secreta e invisible, carcomía la carne hasta hacerla desaparecer. Con

gritos que eran amenaza el hijo obligó a los otros dos a alejarse. Ya estaban viejos, se dejaron caer entre los pastizales, sentándose contra algunos escombros, esperando que esa muerte que recién habían conocido finalmente los alcance. No vivieron más de cuatro horas, tenían cincuenta años. Toda la escena no duró más de tres minutos. Las hermanas mellizas ya habían procreado. Mientras la descendencia se prendía de sus tetas, el hijo sobreviviente ya estaba penetrándolas de nuevo. A los diez minutos las dos mujeres estaban pariendo otra vez. Y otra vez recibían la guasca del hermano mayor y volvían a quedar embarazadas. En una hora habían procreado a una generación entera de al menos diez descendientes. Mientras tanto, a los costados los otros que ya habían entrado en la edad madura descubrían los modos de penetrarse y reproducirse. En total, en menos de dos horas ya eran veinte fetos recién nacidos que ya habían desarrollado verticalidad, lenguaje, pija, y deseo. Cuando el padre de todos ellos quiso imponer su fuerza como lo había hecho él mismo con sus antepasados, separando a las mujeres de los hombres, los hermanos recién nacidos y ya jóvenes lo mataron. El cadáver brillaba, se pudría y desaparecía para hacerse fantasma. Comenzaron las diputas entre los hermanos sobrevivientes. Algunos, los que parecían culpables de la masacre, murieron linchados. Los asesinos comieron la carne cruda y bebieron la sangre todavía caliente.

Uno de ellos, el que se mostraba más fuerte, tomó el cráneo del padre entre sus brazos y se lo mostraba a los demás que retrocedían espantados. De los agujeros de los ojos del cráneo resplandecía su poder. El temor se transformó en paz. Todos parecían dispuestos a obedecerlo. Esta escena duró entre cinco y seis minutos. Durante la paz alcanzada los hombres y las mujeres se repartieron por parejas, sin intercambio ni violencia. Todos más tranquilos aceptaban el nuevo orden. Pero esa aceptación dependía más bien de una promesa. El que había tomado el cráneo y había impuesto la paz, se recostó contra unas piedras amontonadas. Entonces señaló a uno comprendiendo que había llegado el momento de hacer efectivo lo prometido. El elegido, tocándose la pija ya erguida, lo obligó a darse vuelta penetrándolo y al mismo tiempo dándole golpes en la cabeza hasta matarlo. Los hermanos que se abalanzaron sobre el cadáver para comer la carne del muerto. El cadáver fue despedazado, llevándose cada uno un hueso que roían sentados en el piso. Entonces el nuevo elegido tomó el cráneo y lo alzó mostrándoselo al resto. Habían pasado cuatro minutos. El ritual del sacrificio volvió a repetirse de la misma forma una hora más tarde.

Desde que los primeros fetos despertaron de entre las ruinas no habían pasado más de siete u ocho horas y ya habían muerto al menos siete generaciones. Los datos no son precisos, pero según sus cuentas en una hora pasaron

diez años, en diez horas un siglo, en cuatro días un milenio entero. Es decir, en un poquito más de dos semanas vio el desarrollo casi completo de la historia humana.

Eso es lo que tendría que haber sido, pero la velocidad que los arrastraba no les daba tiempo a ningún tipo de aprendizaje. Aprendían lo que pueden aprender los insectos que viven un par de horas. En ese tiempo se hace realmente difícil generar algún legado cultural, imposible la más mínima transmisión de lo aprendido de una generación a otra. Aburrido de los orígenes de la historia, Maurau se preparaba para ver los avances de la evolución. Que alguien descubriera la geometría, que alguno observara las regularidades de la naturaleza, que a algún otro se le ocurriera que los conceptos pueden explicar el orden de esas regularidades, que descubran la música, la poesía, algo, que los antepasados se conviertan en divinidades y que las divinidades dieran lugar al monoteísmo, que se invente el *yo*, que se declaren iguales, que hagan sus revoluciones, que descubran el Quijote, la noción de unidad, la idea de infinito, algo, lo que fuere. Pero sus esperanzas fueron vanas. Lo único que vio fue una especie de Aleph idiota, un Aleph que funcionaba mal, que pretendía un infinito simultáneo y sólo era el lastre retrasado que se hacía sucesivo.

Cuatro milenios no les sirvieron ni para descubrir una mínima prohibición sobre el incesto, la violencia o

la muerte, indispensable para sostener alguna humanidad. Pero ahí estaba el error, pensar que era posible alguna comparación entre el hombre y el idiota. Tengo que ser claro, un idiota nunca puede engañar a otro idiota. Por más empeño que la especie ponga en forzar su propia naturaleza buscando una humanidad imposible no puede ocultar la farsa. El esfuerzo de reproducirse como si de hombres se tratara no hace más que delatarlos. Se los huele y se los reconoce de inmediato: el cráneo deformado que marca una asimetría con el resto del cuerpo, la boca torcida, la inevitable baba cayendo desde el mentón hacia el pecho, los gritos desaforados, la imposibilidad de articular la menor palabra, la falta total de perspectiva y de control de los movimientos corporales. Eran los sobrevivientes, no los que seguían con vida sino más bien los que, abortados, se habían salvado de la vida. Simplemente se salvaron y sobrevivieron como la impotencia de nacer aun existiendo. Esa es la cuestión: nunca puede aniquilarse lo que no es ni ha nacido. Nadie puede matar al que ya está muerto, nadie puede matar al que no ha nacido. Entonces sobrevive como el idiota, como el muerto vivo.

Pero hay que comprender la necesidad de la farsa. Necesitamos el afuera, necesitamos la fricción: contaminarnos y contaminar, hacernos humanos, hacer que nos hacemos humanos. Que nos devuelvan nuestro origen: una vagina, un útero donde acomodarnos y es-

perar tranquilos nuestra muerte. Nerviosos, los idiotas comenzaron a movilizarse. A los tumbos, arrastrándose o como podían, lo cierto es que se marcharon perdiéndose en el campo, siguiendo el rastro de los hombres y la villa sin importar cuán lejos hubiese llegado su éxodo. Que huyan, que se vayan, ahí donde la pija derrame una mínima gotita de guasca estará el germen de nuestra victoria.

Hubiese querido estar ahí, atravesar el desierto, perdernos en los barrios, encontrarnos en la ciudad, meterme con ellos en cada casa y en cada rancho, y en cada cama meternos en cada vagina para devolverle al mundo su salud, para hacerlo inmune de esta enfermedad, para salvarlo de nuestra monstruosidad. Pero meternos en la concha de cada mamá y rajarla de par en par, meterle la cabeza hasta hacerla mierda del dolor, meterle las garras y los brazos, meterle el tronco y las piernas, para comerla por dentro. Salvarla, sí, pero que nos devuelvan un origen humano. Salvar el mundo, pero que de cada concha por donde nos metamos para regresar no quede sino un agujero que se chupe entero ese mismo mundo. Hubiese querido ver nuestra revolución, nuestros pasos ahí afuera, nuestra batalla contra la humanidad, hubiese querido ver cómo nos hacíamos nada para dejar un mundo ejemplar, pero la comunidad ya se iba, y para Maurau quedaba bien poco.

Ahora podemos pensar su sobrevivencia únicamente como supuesto lógico y perspectiva de ese afuera que se fugaba; digo, las ruinas que quedaban de nuestro rancho, los escombros a los que se había reducido la villa, los idiotas que a los tumbos atravesaban el campo, todo medio borrado por cierta llovizna que había comenzado a caer sobre Maurau formando un charquito a su lado. Acaso hubiese podido retener algo, restos, residuos, no la lluvia cayendo sobre un charco, no la imagen de las gotas metiéndose en el agua estancada, sino el relato de estar o haber despertado acurrucado en la intemperie viendo la lluvia caer sobre un charco de agua entre los pastizales, mientras los últimos perros daban vueltas por ahí. En todo caso, Maurau sólo retenía la palabra perros, la frase algunos perros daban vueltas por ahí. Eso era todo lo que se podía decir de Maurau en ese aquí y ahora en el que Maurau se iba perdiendo.

Es decir, desde ese momento no sabemos más nada. Pero tenemos una única certeza: se lo comieron los perros. Sé que Maurau estaba entre los pastos, en posición fetal, aferrado a una mata de pastos. Sé que cuando los perros nos rodearon, comencé a llamarlo pero Maurau no parecía escucharme. Le exigí responderme y Maurau no me respondía. Le exigí levantarse y Maurau no se levantaba. Sino fuere que después de algunos días un señor que andaba juntando mugre por los des-

campados lo cargó en su carro y lo llevó a su casa para bañarlo y curar sus heridas, los perros no habrían dejado nada de Maurau. Ahora mismo está sentado en una silla, mirando vaya uno a saber qué cosa. No está muy bien, en todo caso, no está. Está en la silla de ruedas pero no está en la silla de ruedas. Incluso, si está, está incompleto, le faltan algunos dedos, una parte del muslo izquierdo, el bicep derecho, la mitad de la cara, una oreja y los testículos que los perros le arrancaron.

En cierto sentido Maurau está, pero se rompió todo contacto. Hace cosas, abre y cierra los ojos, mueve los dedos, estornuda, pero nada de esto significa respuesta alguna a la orden o el mandato que yo inútilmente pueda pretender. Esto que podría entenderse como una pérdida generalizada termina siendo un modo de sobrevivencia y una forma de defenderse de mi compañía. Entiendo que su estrategia debe representar para él un modo de conquistar cierta salud. La persistencia en el error es el único camino por el que el error se vuelve un modo de superación. Sé que con su indiferencia no intenta recuperar lo que de las palabras fuese suyo, ni de hacer de la voz su propia voz, sino obligarse a que nuestra conversación ya no sea su conversación, que se haga pero en algún desierto lo suficientemente distante de sí mismo como para permitir la existencia de un resto que pudiese sabotear mi influencia y poder.

Me hago cargo de lo que me tengo que hacer cargo.

No me justifica decir que nuestras charlas de amigos se fueran haciendo monólogo o confesión, acaso, que confesaba su propia nada. Sé de lo difícil que habrá sido para Maurau vivir tanto tiempo con esta mierda en la cabeza. Digo, si me tengo que hacer responsable de los caminos que Maurau ha elegido para hacerse inútil para con la vida, me hago responsable. Pero en ese momento en que Maurau moría en la intemperie fría por donde la villa se iba, en ese momento en que su mano se aferraba a la mata de pastos mientras la lluvia iba formando cierto charco a su lado, en ese instante en que los perros se lo comían y yo lo llamaba, mis palabras ya no eran mis palabras, mis palabras venían de afuera.

Me escuchaba hablando a solas y me preguntaba qué hacía hablando a solas, y cuando me exigía dejar de hablar a solas porque Maurau ya no estaba para escucharme me daba cuenta que no era yo el que hablaba a solas. Me escuchaba hablar y la compañía se hacía más allá de la compañía que yo mismo podía ofrecerle a Maurau.

Mis palabras no eran más que restos de lo que perseguía y no podía alcanzar porque a medida que avanzaba iba doblando una vez más aquello que ya venía plegado. Me decía que debía dejar de hablar a solas, terminar con esa verborragia que no hacía más que dañarme, pero entonces cuando me negaba a la conversación esa misma negación era un modo de continuar ha-

blando. Me decía que ya no volvería a hablar con Maurau y eso seguía siendo el monólogo de la compañía, no la compañía que yo había sido para Maurau, sino la compañía de la compañía.

Lo que pueda decir al respecto no es más que lo se me ha exigido decir. Mantener la sospecha, darme el lujo de la incertidumbre, resistir como el margen mudo de lo que desde entonces se ha dicho, ésa ha sido mi única tarea. Hoy mi vida se limita a la escucha, sin palabras, sin posibilidad de emitir sobre Maurau la más mínima orden o prescripción. No se trata de acciones ni desplazamientos sino de los movimientos más básicos que suponen el rascarse, acostarse, defecar, comer. Veo cómo Maurau se caga encima y escucho cómo alguien me informa que Maurau se está cagando encima. Alguien me dice que le transmita a Maurau que existe cierto ardor de las picaduras de las pulgas en toda su espalda pero no logro encontrar ninguna palabra que como mi palabra ordene a Maurau mover el brazo o que su espalda reaccione. El viejo le sirve a Maurau la comida; alguien me dice que le informe a Maurau que la comida está servida sobre la mesa, que las puntadas en su estómago y que la boca abierta dejando correr el hilito de baba significan hambre, pero ni una palabra encuentro que pudiese ordenarle a Maurau que se acerque al plato.

Maurau se me muere y no encuentro la palabra que pueda prescribirle la ejecución de lo que apenas nace

como instinto y ganas se desmorona en el silencio del espectador, el testigo mudo en el que me transformo. Es tan difícil no tener palabras y sin embargo escuchar todas las palabras en uno mismo. El agua de un río que siempre retrocediendo se va, se escapa del alcance del que muriendo de sed se ha arrodillado para que las manos en cuenco y la boca abierta se transformen en rezo. Quiero lo que es mío, quiero que me devuelvan lo que me han robado. No renuncio, no voy a renunciar. Hablo, ordeno, comento, pero todo es al pedo. No soy yo el que pueda exigir nada. Escucho estas mismas palabras y no son mis palabras. Escucho que alguien dice que todo es al pedo, y sé que no soy yo el que dice que todo es al pedo.

Lo cierto es que el hilo de baba cuelga de su boca, cae por el pecho, y su cuerpo se acurruca en la silla. El viejo lo da vuelta cada tanto para que mire la calle. Maurau no está ahí para mirar la calle. Estoy yo. Pero no estoy yo. Sé que va a terminar. Sé que el calor tibio de ese amontonamiento llamado Maurau, se apagará lento hasta hacerse nada. Sé que sus pedos ya no resonarán en sus calzones y que su carne se confundirá con la mierda que en su cola nadie limpia. Su cuerpo se hará más blando, casi líquido, amarillento, rodeado de pelitos. Eso es una esperanza, pero también la trampa de la compañía. Maurau no está, Maurau no va estar, pero la compañía va a seguir, sin punto alguno donde

detenerse, sin punto idiota en el que detenerse. Se hará compañía de la compañía, se hará compañía de la compañía de la compañía de la compañía y ya no habrá a quién acompañar.

Igualmente sé de lo que se trata. Ya pasé por esto una y otra vez. Es un procedimiento típico de la compañía: cuando algo importante está por pasar, cuando la revolución está por hacerse, comienza el relato de la incertidumbre, restándole importancia a cualquier narración que necesite afirmar ciertas coordenadas e identidades para desarrollarse, porque, desde luego, lo real, la revolución o lo que fuere que suceda ahí afuera, no dejan de ser, para la máquina literaria, un modo de intercambio, comercio y traición. Entonces empiezan a sucederse diferentes hipótesis, pero en general siguiendo siempre el mismo esquema narrativo. Parte de la magia performativa por la que el escritor se hace idiota, sigue con las consecuencias imprevistas de la concentración en el punto y en lo mal que se ha portado papá con el chico, después viene el abandono de mamá (no siempre el mismo ni en las mismas circunstancias), continúa con cierta peregrinación o vagabundeo del niño perdido por la zona en la que ha sido abandonado, después se describen las etapas de degradación física y moral (amputaciones varias, parálisis parcial o totales, vejaciones, hambre, su animalización, la pérdida de to-

do recuerdo, la falta de orientación espacial y temporal, las dificultades para ordenar lógicamente sus pensamientos), llegando finalmente al encuentro con el aleph idiota que lo ha estado esperando siempre en lugares diferentes. Las narraciones invariablemente terminan con el vértigo de la revolución idiota, pero ese vértigo también es desazón. Incluso, cabe decirlo, en la repetición del procedimiento, la compañía deja entrever un halo de ironía sobre esas sensaciones. En algún punto entiendo la cuestión. Cuando la máquina de ver termina de arruinarse, cuando desaparece el punto idiota, no queda ningún afuera de la máquina literaria, sólo resta hablar sin nadie que hable, sin nadie que atienda a eso que habla. Porque, desde luego, estábamos hablando sin nadie que pudiese escucharnos, continuamos hablando y no hay nadie ahí, ni Maurau ni el que fuere, para sabernos escuchados.

Índice

1 / 7

2 / 41

3 / 57

a-el punto idiota 12x17 11/11/2010 16.38 Page 86

blana

Otros títulos

Colección: Ensayos Trash

1. *Repetición, variación y divergencia,*
   Santiago Pintabona y Luciano Lutereau

Colección: Proyecto Ansiedad

2. *Bajar de un hondazo,* Marina Gersberg
3. *Viajemos en subte a China*, Ignacio Molina

Colección: Narrativa Salvaje

4. *Diario de Alcalá*, Juan Terranova
5. *Fogonazos,* Mariano Abrevaya Dios
6. *El amor nos va a separar,* Matías Pailos
7. *No vas a ser astronauta,* Ariel Idez
8. *Silvia,* Aquiles Cristiani
9. *Todo lo que hago es para que me quieran,* David Nahon

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2010
en ***TALLERES GRÁFICOS SU IMPRES S.A.***
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: 4371-0029 / 0212
e-mail: imprenta@suimpres.com.ar
www.suimpres.com.ar